

SECH

AÑO I JUNIO DE 1937 N.º 5.

Edición de la Universidad de Chile

Luis Enrique Délano, *Juventud asombrada y juventud herida. En torno de la poesía de Miguel Hernández.*

Ernesto Montenegro, *Bolívar vivo en México.*

D. H. Lawrence, *El estado de temor.*

Francisco Ichaso, *Meditación del impedido.*

El escritor en la Política:

Manuel Rojas, *Lance sobre el escritor y la Política.*

Enrique Espinoza, *Verdad y conciencia de André Gide.*

J. C. Mardrus, *La misión del escritor.*

Ignacio Silone, *Carta a Moscú.*

Arturo Serrano Plaja, *El genio de España.*

Thomas Mann, *Carta.*

Noticias.

Primer Congreso de Escritores de Chile.

REVISTA DE LA
SOCIEDAD DE ES-
CRITORES DE CHILE

Tres timbres de orgullo de la Editorial Ercilla:

1 Ninguna otra editorial ha hecho más que ella por la difusión de la cultura.— Sin descuidar las ediciones elegantes y de lujo, Ercilla ha dado preferencia a los libros baratos, convencida de que la editorial moderna debe llevar la cultura a todas las capas sociales. Algunas de sus ediciones populares son las más económicas que se han hecho jamás en castellano. Ejemplos: *María Antonieta*, de Zweig, \$ 2.00; *El Libro de San Michele*, de Munthe, \$ 2.00; *Diccionario castellano*, \$ 4.00; *Psicopatología de la vida cotidiana*, de Freud, \$ 3.00, etc., etc.

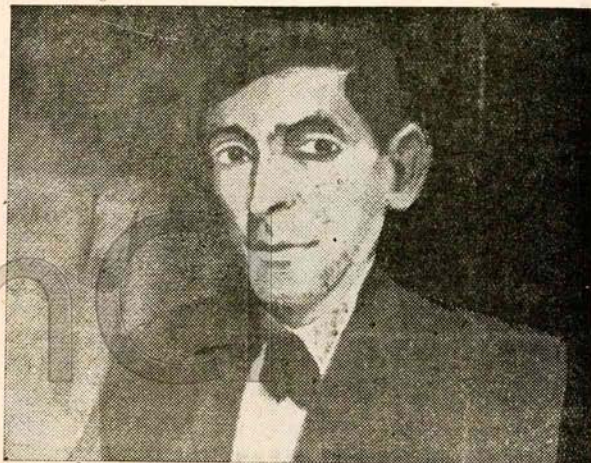
2 Es la verdadera creadora de la literatura sudamericana.— Antes de fundarse Ercilla, la producción americana crecía dispersa y desordenada, y salvo en contadísimas excepciones rebalsaba las fronteras de su país de origen. Ahora Ercilla la ha unificado, la divulga por todo el continente y la presenta ante el mundo como un cuerpo orgánico. Ha editado ya libros de cerca de 100 autores sudamericanos, según puede Ud. comprobarlo consultando el catálogo.

3 Los mejores libros chilenos de los últimos años llevan su sello.— Los principales premios literarios han correspondido a libros de Ercilla: Premio Roma, para *Imaginerio de la Infancia*, de Lautaro García; Premio Municipal, para *On Pantá*, de Mariano Latorre, y *Espejo de Ensueño*, de Julio Barrenechea; Premio Atenea, para *La viuda del conventillo*, de Alberto Romero; Premio Club Hípico, para *Soy Colorina*, de Marcela Paz, y *Amor, Cara y Cruz*, de Augusto D'Halmir.

EDITORIAL ERCILLA

AGUSTINAS 1639 - CASILLA 2787 - TELEFONO 62288
SANTIAGO DE CHILE

SECH



JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

El 7.º aniversario de su muerte ha sido recordado recientemente.
(Retrato de Julia Codesido).

Mayo — 1937

Juventud asombrosa y juventud herida

En torno de la poesía de Miguel Hernández

POR

Luis Enrique Délano

I

Si tomamos el ímpetu como la característica más acusada de la juventud tendríamos que deducir que todas las jóvenes generaciones deben ser impetuosas, es decir deben aparecer en la vida dotadas de un impulso batallador, de una ingénita tendencia hacia la lucha. Cuando una juventud está adscrita a la timidez, cuando el pesimismo, que a menudo suele degenerar en nihilismo, se asocia a su aparición, es preciso pensar que hay en la existencia espiritual de esa juventud un resorte falso, una pieza que no ajusta en el mecanismo general y cuyo desvío basta para desfigurar su condición o torcer su destino.

Algo de esto podría aplicarse acaso a la generación española del 98, cuyas características ha señalado el profesor Pedro Salinas. Si bien es cierto que la generación del 98 no tenía un mísero espíritu acumulativo, o sea que nacía a la vida provista del suficiente impulso para separarse violentamente del equipo inmediatamente anterior, no es menos cierto que sus horizontes aparecían no nítidos, sino vagos, cubiertos de espesa niebla enceguedora. ¿Hacia dónde iba? Hacia España. ¿Hacia qué España? Hacia una España que no era habitual, la de la masa regular de los españoles, sino hacia una España todavía nebulosa, hacia una España mental, intelectual, que podía o no podía ser la misma para todos cuantos la ambicionaban, porque no revestía un molde, bien está, pero tampoco un ideal común totalmente definido.

La actual joven generación española entra, por el contrario, en la vida (literatura, arte, política) sabiendo perfectamente a donde va. Es posible que sus anhelos sociales no coincidan exactamente y que existan divergencias más o menos formales, pero los une un lazo común, el marxismo, que abarca a todo el joven conjunto, escritores, poetas, artistas. Si hubiera que calificar con un solo adjetivo a

esta generación, sería menester apelar, por el ímpetu, por la homogeneidad, por la gracia, y principalmente por la calidad de quienes la integran, a la palabra asombrosa. Juventud asombrosa, es decir que entra en la existencia con unas singularidades generales que equivalen a las mejores armas; que no desdeña la cultura, sino que se aferra a ella como al árbol de ramas más firmes y caudalosas; que aparece, además, llena de fuerza y de generosidad y que se apercibe, no para el espectáculo de la vida, sino para la lucha sin armisticio de la vida.

He señalado la calidad como uno de los mejores y más gozosos atributos de que este grupo viene investido y para demostrar el aserto, no habría sino que elegir de esta nueva juventud dos o tres nombres y meditar un instante a su vera. Habría que pensar en Miguel Hernández para la poesía, en Arturo Serrano Plaia para la crítica, en Enrique Azcoaga para el ensayo o en José Caballero para la pintura. Ellos, es decir sus obras, mostrarán mejor que nada hasta dónde han llegado y hasta dónde llegarán. Porque de una iniciación feliz, más aún, radiante, bien puede deducirse una madurez espléndida a raudales.

Intentemos la labor, por ahora, con Miguel Hernández, el más fino, el mejor dotado poeta de su generación.

II

La entrada de Miguel Hernández en la poesía española no está marcada por el débil balbuceo de costumbre, sino señalada por una fuerza rotunda, de nacer y crecimiento simultáneos, fuerza que viene envuelta en una voz que se descompone en aliento propio y sabiduría clásica. ¡Qué lejos Miguel Hernández del habitual «joven poeta», hecho de negación e ignorancia, apto para el desdén de los mundos poéticos pretéritos y que él, el «joven poeta», quisiera preteridos! Su poesía cuenta, como elemento formativo, con los clásicos españoles, quienes presiden, quienes alientan, quienes dirigen su banquete poético; pero su intervención sólo está presente en la arquitectura, en la envoltura, porque lo demás sólo al poeta, sólo a Miguel Hernández pertenece. Lo demás corresponde exactamente a su alma.

La calidad y la propiedad se unen en su expresión poé-

tica. En cada poema de Hernández abundan las peculiaridades, los giros, las combinaciones, las metáforas que sólo con él pueden convivir. Y puesto que de expresión se trata es interesante añadir que en su poesía, ésta, no obstante un vivo y españolísimo barroquismo, no llega jamás al retorcimiento ni a lo exasperado o desesperado. Una fuerza contiene el exceso. Lo que en un poeta con menos conceptos se pasaría a alarido, en él es lo que debe ser: grito. La pasión no revienta tampoco en relámpagos, sino en luces. ¿Hasta dónde es verdadero lo que expresa el poeta? ¿Cuál es la frontera entre el sentimiento real y el sentimiento expresado en la poesía? Es necesario establecer que hay una verdad humana y una verdad poética, las cuales pueden coincidir, y coinciden, a veces, pero pueden también diferir, y difieren, generalmente. Es común que la segunda se sustente de la primera, que aquella no venga a ser sino una ampliación, una paráfrasis de ésta. El poeta se sirve de la realidad humana para crear la verdad poética y en esta tarea no es rara la extralimitación. De ahí que no esté demás afirmar que la pasión en la poesía de Miguel Hernández no es llama, sino luz. Pasión y expresión no andan desorbitadas, sin freno. Ni la una ni la otra escapan al control del poeta.

La poesía de Hernández se mueve en una atmósfera grata, donde nada viene a ser demasiado dulce o excesivamente duro. En ella encuentran cabida elementos aparentemente reñidos. Pero todo, todas las palabras penetran. Siempre el poeta hallará modo de ordenarlas en forma que lo dulce y lo homicida aparezcan juntos y su convivencia sea posible. En su química nada se pierde, aunque se volatilizce, todo permanece noblemente hablando con su rico y puro lenguaje. Es que hay algo de profunda seriedad en la manera de Hernández de enfocar la poesía, algo que no se quiebra, aunque se agita sordamente; algo en su tono, en su larga libertad, en su impulso de joven que forma parte de una generación impetuosa. No adscrito a ningún poeta español anterior, el camino se le presentará difícil, cubierto de obstáculos y a pesar de una facilidad que sólo es verbal, aparente, la labor de escribir le resulta lenta y espínosa. Cierta temblor le paraliza, cierto invencible muro le detiene.

Se siente la poesía de Miguel Hernández trabajada con

profunda y amorosa atención. No hay azar, no se vé jamás el azar. Y para quienes confunden lo casual con lo espontáneo, no está demás advertir que en ella lo espontáneo vive, sin que por eso esté ausente la ciencia poética de su territorio. Pero cuando el poeta llega a conseguir esta suerte de espontánea perfección, es porque el proceso de perfeccionar, de eliminar bastedades, de limar asperezas se opera dentro y antecede al de la elaboración o se verifica conjuntamente con él. Quiero explicarme mejor: la claridad, la unidad de la poesía existen en el poeta antes de escribir el poema. Su mente, su conciencia poética, está preclarificada, limpia de antemano. En el libro *El Rayo que no cesa* (1) hay estrofas que el poeta no ha tocado después de escritas, que simplemente ha vaciado, ha traducido de sí mismo y cuya construcción acaso sea perfecta, con una elegancia que viene de dentro, que ha llegado desde la matriz adherida a la piel del verso:

Te me mueres de casta o de sencilla:
estoy convicto, amor, estoy confeso
de que, raptor intrépido de un beso,
yo te libé la flor de la mejilla.

O como esta:

Besarte fué besar un avispero
que me clava al tormento y me desclava
y cava un hoyo fúnebre y lo cava
dentro del corazón donde me muero.

¿Preocupación formal? No. O quizás sí. Es lo mismo. Cuando se cuenta con un torrente poético como Miguel Hernández cuenta, pasa a segundo término el problema de la forma. Pero, ¿es la forma acaso un problema? Muy largamente se ha debatido la cuestión de la forma por críticos, eruditos y profesores. Me quedo con la opinión del poeta Pedro Salinas, que viene a establecer simplemente que la forma es, es decir debe ser, debe existir cuando su necesidad se presenta y debe desaparecer cuando no sea indispensable. Don Francisco de Quevedo no sería expli-

(1) Ediciones Héroe. Madrid, 1935.

cable sin forma poética. Los poetas clásicos disponían generalmente de una fabulosa cantidad de riqueza verbal, y con todo ese oro y toda esa pedrería, bien podían permitirse el lujo de jugar con los vocablos. Es la misma forma que no se echa absolutamente de menos en la poesía de Supervielle o en algunas épocas de Alberti o de Neruda, quienes se están muy bien sin ella. Miguel Hernández, por lo demás, suele prescindir de rimas, aunque este aspecto de su trabajo poético es tan perfecto, y nada ocurre:

Guárdate de que el polvo coloque dulcemente
su secular paloma en tu cabeza,
de que incube sus huevos en tus labios,
de que anide cayéndose en tus ojos,
de que habite tranquilo en tu vestido,
de aceptar sus herencias de notarías y templos. (1)

¿En torno de qué gira la poesía de Miguel Hernández? Va al rededor de lo que siempre ha ido la poesía: el amor, la muerte, la ausencia, la sed, el paisaje, los turbios llamamientos de la pasión, el sexo. Anda tras de la rosa y la paloma y la luna y el agua. ¡Desgraciados aquellos que querían matar el claro de luna, destruir las abejas y mofarse del crepúsculo! Ay, hubo un tiempo, ya felizmente desaparecido, en que fué moda cantar el ruido de los cilindros y la mecánica. Los más recalcitrantes poetas de aquellos sospechosos temas han venido a caer en la cuenta de que esa cosa de cantidad metálica y movimiento eléctrico no era la única digna del canto y que tanto como ella valen la rosa y la luna, la luna y la rosa, para siempre. ¿O es que el amor y la luna, y la muerte y la paloma retornan, en esta época de resurrecciones? No. Lejanos están todavía los ángeles de las trompetas del juicio final. La verdad es que la rosa y la fuente no han dejado de crecer y de cantar, ni la tierra de dar frutos; la paloma sigue siendo un verso con alas y el crepúsculo se reproducirá todos los días con su rojo plumaje en el horizonte. El crepúsculo es categoría. Lo demás podría que- darse en moda o anécdota.

Madrid, 1936

(1) *Vecino de la muerte*. CABALLO VERDE, N.º 1, Madrid, Octubre de 1935.

Bolívar vive en México

POR

Ernesto Montenegro

América entera se apasiona por la causa de España republicana; pero sólo uno de estos pueblos manda en la voluntad de su gobierno con imperio suficiente para ofrecer su apoyo moral y su ayuda efectiva a la República española —el de México. Ya había dado México muchos otros altos ejemplos de su conciencia nacional, de su fraternidad republicana y de su sentido social. Los movimientos reformistas y revolucionarios de todo el mundo contaron en los últimos veinticinco años con la simpatía del pueblo mexicano, y sus sucesivos gobiernos no anduvieron mirando la cara del Tío Sam o de John Bull para reconocer nuevos estados o nuevas formas de constitución; el caso de Rusia, y luego el de España misma. Y esto resalta más todavía cuando se considera que México, en su sangrienta conquista de la independencia económica no contó jamás con la ayuda de nadie—sino al contrario. Las agresiones extranjeras tampoco levantaron a ningún país en su defensa, salvo la platónica mediación del difunto ABC en Niagara Falls.

Pero es tan vigoroso el sentimiento de integridad nacional en ese pueblo, tan activo su sentido de la justicia, que ha corrido en socorro de la España invadida sin atender a la presión de las potencias que van descubriendo una neutralidad amparadora de negociados de armamentos y aliada directa del capitalismo extranjero que explota las riquezas naturales de España. Y como a un espíritu nacional entero debe corresponder una diplomacia de igual entereza, la cancillería mexicana denuncia francamente las concomitancias de esa neutralidad y continúa su ayuda a la República asaltada por aventureros y mercenarios.

(En un sentido diferente, pero siempre dentro de la línea de su tradición nacional, el gobierno de México ha vuelto a hacer excepción en el mundo mezquino de la política internacional, ofreciendo asilo a León Trotsky, en circunstancias que países «democráticos» como Noruega y Francia cedían a la presión de Moscú y renegaban de su

— 9 —

prerrogativa a ejercer ese derecho de asilo para los perseguidos políticos.)

Acaso no sea ocioso recordar que México fué acusado en los comienzos de su propia revolución de animosidad particular contra España, o por lo menos contra la colonia española residente. ¿Y quién pretendería desconocer que los «gachupines» fueron odiados por la masa del pueblo mexicano? Se trataba en realidad de aquella porción de los residentes españoles, frailes, terratenientes y prestamistas, que se habían aliado con los explotadores nativos y conseguido hacer odioso el nombre de español para el pueblo mexicano. Contra ellos y no ciertamente contra España iba ese justificado rencor de los mexicanos. Colonias de frailes obscurantistas que llegaban con lo encapillado y resultaban a poco dueños de haciendas, fábricas, acciones bancarias e industriales, barrios de residencia y demás formas de la riqueza especulativa; comerciantes inescrupulosos que se ensoberbecían con los dineros malhabidos, y que al igual que en los demás países de América habían de renegar más tarde de sus humildes orígenes populares, para aliarse con los privilegiados de adentro y con las fuerzas de reacción de su patria de origen. Contra esta laya de españoles y no contra el pueblo peninsular, iba el sentimiento intuitivo de la democracia mexicana.

Así, pues, apenas la República revivió en España, la opinión de México se alistó la primera en su favor y mandó en su gobierno para que exteriorizara ese sentimiento en actos y declaraciones terminantes. Por esto sólo ya puede decirse que el espíritu de Bolívar vive hoy en México más que en parte alguna. Otros pueblos de América podrán estar más orgullosos de la tradición bolivariana, y cultivarán asiduamente su memoria, exprimiendo sin cesar una caudalosa producción de literatura más o menos felizmente inspirada en el héroe. Pero donde el alma de Bolívar está por hoy más presente en irradiación espontánea, es apesar de todo eso en el alma mexicana. No será acaso tanto porque la letra mata al espíritu, sino porque el pueblo mexicano mantiene en su primitivo vigor ese celo de la independencia y ese instinto de la fraternidad de los pueblos que inspiraron al Libertador hace un siglo.

El hombre del sentir anfictionico de la política ameri-

cana, el que soñó en una Liga semejante a la de las repúblicas griegas para las nacientes naciones de América, Bolívar, acariciaba allá en el fondo de su mente profunda y audaz, la idea de continuar la lucha por la independencia más allá de Centro América, y tras enviar su ayuda para la expulsión de los realistas de la remota isla de Chiloé, pensaba que Cuba y Puerto Rico debían alcanzar la libertad con la ayuda de las nuevas repúblicas; más aún, que una expedición militar debía atravesar el Pacífico y llevar la independencia a las Filipinas, y por último seguir a España y librar a la Madre Patria de sus tiranos!

Justamente un siglo más tarde España necesita con más urgencia que nunca que materialice la concepción generosa e integral de Bolívar de una solidaridad en la democracia y en el sentir republicano. A fuer de gran político, Bolívar concilia la línea austera de los principios con la línea profunda de los intereses nacionales, pues la muerte de una república no puede serle indiferente a otros pueblos que se rigen por el mismo sistema, ni habrá seguridad en la independencia nacional mientras queden hermanos esclavizados o se permita que cualquiera de ellos sea invadido y subyugado.

México no ha necesitado cultivar una legión de comentaristas bolivarianos para penetrarse del espíritu del Libertador, y comprendiendo primero que nadie que con la prueba a que se tiene sometida a la República española están a prueba todas las repúblicas y democracias del mundo, alarga su mano a España como a un aliado futuro en las crisis por venir a las naciones de América. Los liberales de toda América miramos pues alternativamente hacia México y hacia España, como a las encarnaciones vivientes de ese drama de la independencia que venimos viviendo desde hace siglos, y que Bolívar y San Martín condujeron bravamente en sus primeros actos. Pero la independencia nacional como la libertad individual no son frutos que se den sin cultivo y sin lucha para toda la vida. La tragedia bolivariana es la de haber muerto Bolívar no solamente sin dejar herederos espirituales inmediatos, sino también la de no haber alcanzado a consolidar la democracia en América como en España. En el surco profundo que él labró, no alcanzaron

a caer las semillas de la democracia, y por eso cundió en seguida la maleza de la tiranía.

En México es donde primero las revoluciones contra los dictadores han ido hasta la entraña del mal, sin limitarse a poner en el gobierno a los caídos de ayer. Por eso decía que hoy miramos hacia México como al continuador de la tradición bolivariana de independencia nacional y de fraternidad democrática. Ni buenos Aires, ni Santiago ni siquiera Caracas nos podrían dar esa dirección espiritual que señala México desde hace algunos años. Mucha sangre le costó a México ganar esta conciencia nacional, imponiendo el respeto a los de fuera y una saludable prudencia a los enemigos de dentro. Los mismo le está pasando ahora a España. Con torrentes de sangre se está ganando su derecho a ser respetada en Europa, y a reivindicar sus bienes de manos de los explotadores imperialistas. Bolívar vive hoy en México. Su genio quijotesco planea aun sobre los campos de Castilla, México y España podrán realizar sus sueños de una pacífica confederación imperial de repúblicas de la raza ibérica.

de D. H. Lawrence

El estado de temor

¿Qué les pasa a los ingleses que están tan asustados de todo? Sufren un estado de pánico y se conducen como una caterva de ratones cuando alguien hace crujir el piso. Están horrorizados por el dinero, las finanzas, la flota, la guerra, el trabajo, el Laborismo, el bolchevismo, y lo que es más cómico, están gravemente asustados de la palabra impresa. Se trata de un estado de ánimo muy extraño y humillante en un pueblo que ha sido siempre tan valeroso. Y para la nación es un estado de ánimo lleno de peligro. Cuando un pueblo es presa del miedo, Dios lo asista. Porque el miedo de la masa lleva, tarde o temprano, al pánico, y entonces sólo cabe repetir, Dios nos asista.

Hay, naturalmente, cierta excusa para el miedo. El tiempo de cambiar nos acosa. La necesidad de cambiar se ha apoderado de nosotros. Estamos cambiando, debemos cambiar.

Y no podemos evitarlo como no pueden evitar las hojas el volverse amarillas y caer en otoño o los bulbos asomar sus brotes verdes en primavera. Estamos cambiando, padecemos los dolores del cambio y el cambio será muy grande. Instintivamente lo sentimos. Intuitivamente lo sabemos. Y estamos asustados. Porque el cambio hiera. Y además, en los períodos de profunda transición, todo es incierto y las cosas vivientes son las más vulnerables.

¿Qué hay, pues? Aceptados todos los dolores, peligros e incertidumbres, no queda excusa para caer en un estado de temor. Si lo pensamos bien, cada criatura que se engendra y nace es una simiente de cambio, un peligro para la madre, un gran dolor durante el alumbramiento y después una nueva responsabilidad, un nuevo cambio. Pero si esto nos inspirara temor, deberíamos dejar de tener hijos. Si caemos en un estado de susto, realmente lo mejor es no tener hijos. Pero, ¿por qué caer en un estado de temor? ¿Por qué no afrontar las cosas como hombres y como mujeres? Una mujer que está por tener un hijo se dice a sí misma: Es verdad, me siento molesta, a veces también desdichada y sé que me espera una época de dolor y peligro. Pero si soy inteligente es posible que todo salga bien y pueda traer una nueva vida al mundo. A veces me siento llena de esperanza y hasta feliz. De modo que debo tomar lo amargo con lo dulce. No se da a luz sin sufrimiento.

Corresponde a los hombres, como es natural, adoptar la misma actitud ante el nacimiento de nuevas circunstancias, nuevas ideas, nuevas emociones. Pero, desgraciadamente, la mayoría de los hombres modernos no lo hacen. Caen en estado de temor. Y aunque todos sabemos que nos aguarda un gran cambio social, una gran reorganización social, sólo pocos hombres afrontan el cambio y tratan de comprender qué es lo mejor. Ninguno de nosotros sabe qué es lo mejor. No hay una solución ya hecha. Las soluciones hechas son casi siempre el más grande de los peligros. Un cambio es una transformación lenta que debe ocurrir poco a poco. Y ocurrirá. No se puede manejarlo como una máquina a vapor. Pero en todo momento se debe estar alerta a su respecto y vigilar con inteligencia cada paso; y vigilar la dirección de la tendencia principal. Paciencia, atención, inteligencia y buena voluntad y valentía, eso es lo que se necesita en época de cambio. No miedo.

Ahora Inglaterra se halla al borde de grandes cambios, de cambios radicales. En los próximos cincuenta años toda la estructura de nuestra vida social será alterada, sufrirá una gran modificación. El viejo mundo de nuestros abuelos desaparece como nieve que se derrite y como tal está a punto de causar una inundación. Lo que será el mundo de nuestros nietos dentro de cincuenta años no lo sabemos. Pero en su forma social será muy diferente de nuestro mundo de hoy.

El cambio se nos impone. Y en nuestra aptitud para cambiar, en nuestra capacidad de adaptarnos inteligentemente a las nuevas circunstancias, en nuestra prontitud para admitir y cumplir nuevas necesidades, para dar expresión a nuevos deseos y a nuevos sentimientos, está nuestra esperanza y nuestra salvación. Coraje es la gran palabra. El miedo sólo engendra el desastre.

Un gran cambio en marcha está a punto de llegar. Todo el problema del dinero sufrirá un cambio; no sé cuál. Todo el sistema industrial sufrirá un cambio. El trabajo será distinto y distinta la paga. La posesión de la propiedad será diferente. La división social será diferente y las relaciones humanas modificadas y tal vez simplificadas.

Si somos inteligentes, alertas y valerosos, entonces la vida será mucho mejor, más generosa, más espontánea, más vital y menos fundamentalmente materialista. Si caemos en estado de temor, impotencia, persecución, entonces las cosas serán muy peores de lo que son ahora.

Hay que decidirse. Corresponde a los hombres ser hombres. Mientras los hombres sean valientes y estén dispuestos al cambio, nada terriblemente malo puede ocurrir. Pero si los hombres caen en estado de miedo con el inevitable acompañamiento de bravatas y represiones, entonces sólo pueden ocurrir cosas malas. Ser fuerte es una cosa. Pero otra es ser bravucón. Y cualquier clase de bravuconería sólo puede conducir al desastre. Cuando la masa cae en estado de miedo y empieza a bravuconear, entonces la catástrofe es inminente.

El cambio de todo el sistema social es inevitable no solamente porque cambian las circunstancias, aunque en parte por ese motivo, sino porque los hombres mismos cambian. Nosotros cambiamos, ustedes y yo cambiamos, y cambiamos vitalmente a medida que pasan los años. Nuevos sentimientos nacen en nosotros, viejos valores caen, nuevos valores aparecen. Las cosas que creímos desear más intensamente nos damos cuenta que ya no nos interesan. Las cosas sobre las que hemos edificado nuestras vidas, se derrumban y desaparecen. Es un proceso penoso, pero no es trágico. Un renacuajo que ha agitado vivamente su cola en el agua debe sentirse muy enfermo cuando ésta empieza a caérsele y sus patitas empiezan a brotarle. La cola era su miembro más querido, alegre y activo, toda su vida minúscula estaba en su cola. Y ahora la cola debe desaparecer. Esto le parece cruel al renacuajo; pero la ranita verde sobre el césped es una nueva gracia, después de todo.

Como novelista, siento que es el cambio en el individuo lo que realmente me concierne. El gran cambio social me interesa y me preocupa; pero no es de mi dominio. Sé que se produce un cambio, y sé que debemos tener un sistema más generoso, más humano, basado en los valores de la vida, y no en los

valores del dinero. Eso sé. Pero qué camino tomar, no lo sé. Otros hombres lo saben mejor.

Mi función es conocer los sentimientos íntimos del hombre y dar conciencia a nuevos sentimientos. Porque aquello que realmente atormenta a los hombres civilizados, es que están llenos de sentimientos acerca de los que nada saben; no pueden comprenderlos, no pueden realizarlos, no pueden vivirlos. Y por eso se sienten torturados. Es como tener energía que no se puede usar, acaba por destruirnos. Los sentimientos son una forma de la energía vital.

Estoy convencido de que la mayoría del pueblo actual tiene sentimientos buenos, generosos, que no alcanzan a conocer ni a realizar a causa de cierto temor, de cierta represión. No creo que los hombres, de estar libres de trabas legales, fueran viles, ladrones, asesinos o perversos sexuales. Al contrario, pienso que la gran mayoría sería mucho más generosa, bien intencionada y decente si creyera que puede serlo. Estoy convencido de que los hombres desean ser más decentes, mejor intencionados de lo que les permite nuestro sistema social de dinero y pillaje. La horrible lucha por el dinero, a la cual somos todos impelidos, hiere nuestra naturaleza más de lo que podemos soportar. Estoy seguro de que esto es verdad para un gran número de hombres.

Y lo mismo y aún en mayor grado, puede afirmarse de nuestros sentimientos sexuales. Aquí el equívoco es de raíz. Deliberadamente se supone que no existe lo que se llama sexo en el ser humano. En cuanto es posible, nunca hablamos de él, nunca lo nombramos, y nunca pensamos en él, mientras podemos evitarlo. Es perturbador. Es en cierto modo un agravio.

Todo el problema del sexo se debe a que no hablamos ni pensamos con naturalidad de él. Sin embargo, no somos secretamente perversos sexuales ni estamos sexualmente depravados. Sino que somos seres humanos con sexo viviente; nos sentiríamos cómodos si no fuera por ese miedo incurable y desastroso por el sexo.

Recuerdo que cuando tenía 18 años solía acordarme, por la mañana, con vergüenza y rabia de los pensamientos y deseos sexuales que había tenido por la noche. Vergüenza, rabia y terror de que alguien llegara a saberlo. Y odiaba al yo que había sido la noche anterior.

A la mayoría de los muchachos les pasa lo mismo y es un grave error. El muchacho que había tenido ardientes pensamientos y sentimientos sexuales era mi yo viviente, afectuoso y apasionado. El muchacho que por la mañana recordaba con tanto temor, vergüenza y rabia, era mi yo mental y social: tal vez un poquito afectado y por cierto, en estado de temor. Pero los dos se combatían mutuamente. Un muchacho contra sí mismo; una muchacha contra sí misma; un pueblo contra sí mismo; es una situación desastrosa.

Y pasó mucho tiempo antes de que pudiera decirme: no me avergonzaré de mis pensamientos y deseos sexuales, ellos son yo mismo, parte de mi vida. Voy a reconocer mi yo sexual como admito mi yo mental y espiritual y sabré que a veces soy lo uno y otras veces lo otro, pero siempre yo mismo. Mi sexo es yo mismo como mi espíritu y nadie me hará avergonzar de ello.

Hace ya mucho tiempo que he tomado esta decisión; pero aún recuerdo cuánto más libre, más afectuoso y más amable me he sentido después con la gente. No tenía ya nada que ocultarles, nada que pudiera atemorizarme en el caso que llegaran a descubrirlo. Mi sexo era yo así como mi mente y mi espíritu. Y el sexo del prójimo era él así como su mente y su espíritu. Y el sexo de la mujer era ella así como su mente y su espíritu. Y una vez admitido serenamente esto, es increíble con cuánta mayor profundidad y sinceridad fluye la simpatía humana, Y es increíble cuán difícil es, al hombre y a la mujer, tomar esta decisión: la tácita y natural decisión que permite fluir la corriente cálida y natural de la simpatía entrañable, sin represión y sin reservas.

Recuerdo que siendo muy joven sentía rabia cuando junto a una mujer se me recordaba su realidad sexual. Yo sólo deseaba tener conciencia de su personalidad, su mente y su espíritu. Lo otro debía ser violentamente excluido. Una parte de la atracción natural de la mujer debía suprimirse, excluirse. En las relaciones había siempre una mutilación.

Ahora, no obstante la oposición de la sociedad, he mejorado algo. Comprendo ahora que una mujer es también su yo sexual y puedo sentir por ella la atracción sexual normal. Y esta silenciosa simpatía es absolutamente distinta del deseo desenfrenado o tempestuoso. Y si realmente puedo simpatizar con una mujer en su yo sexual, ésta es, precisamente, una forma de cordialidad y simpatía, la corriente vital más natural del mundo. Y lo mismo es que sea una mujer de setenta años o una criatura de dos. Pero nuestra civilización con su horrible miedo, horror, represión y bravuconería ha destruido casi la corriente natural de simpatía entre el hombre y el hombre y el hombre y la mujer.

Y esto es lo que yo quiero devolver a la vida; nada más que la corriente natural de simpatía entre el hombre y el hombre y el hombre y la mujer. Naturalmente, muchos hombres odian esto. Muchos odian que se les considere como seres físicos y sexuales en vez de meros personajes sociales y espirituales. Muchas mujeres lo odian igualmente. Algunos, los peores, se hallan en estado de temor rabioso. En los diarios me llaman «exaltado» y sujeto de «boca sucia». Una mujer, evidentemente, una mujer de buena educación y de recursos, me escribió llena de tristeza: «Ud. que es una mezcla del eslabón perdido entre el hombre y el chimpancé, etc.», para decirme

que mi nombre apestaba en las narices de los hombres; aunque puesto que ella era la señorita Alguien u otra cualquiera, hubiera podido decir en las narices de las mujeres. ¡Y esta gente piensa que ha sido perfectamente bien educada y que son perfectamente «razonables»! Están a salvo dentro de lo convencional que también admite que somos criaturas asexuales y meramente seres sociales, fríos, autoritarios, afirmadores, cobardes, salvo dentro de lo convencional.

Ahora bien, como soy uno de los mortales menos exaltados, no me molesta lo más mínimo que se me compare con un chimpancé. Si hay algo que no tolero es el sexo promiscuo y barato. Si hay algo sobre lo que insisto es que el sexo es una cosa delicada, vulnerable y vital con el que uno no debe chancear. Si hay algo que deploro es el sexo sin corazón. El sexo debe ser una corriente real de simpatía, generoso y cálido, no una triquiñuela, ni una excitación momentánea, ni una bravata.

Y si escribo un libro acerca de las relaciones sexuales de un hombre y una mujer no es porque quiera que todos los hombres y mujeres empiecen teniendo amantes promiscuos y enredos amorosos sin límite. Todo este revoltijo de asuntos amorosos y de prostitución es solamente parte del temor, de la bravata y del hacerlo porque sí. Y la bravata y el hacerlo porque sí es tan desagradable y dañino como la represión, y como ésta un signo de oculto temor.

Lo que debéis hacer es salir del estado de temor, de temor sexual. Para lograrlo debéis ser completamente decentes y debéis aceptar el sexo plenamente a conciencia. Aceptar el sexo a conciencia y permitir que la conciencia física normal vuelva a existir entre vosotros y las demás gentes. Tener conciencia tácita y natural del sexo en cada hombre, mujer, niño y animal. Y salvo que el hombre o la mujer sean fanfarrones, simpatizar con ellos.

Esta conciencia física de simpatía es lo más importante, por ahora. Nos mantiene sensibles y activos en un momento en que el gran peligro es volverse quebradizo y duro y en cierto modo cosa muerta.

Aceptad el ser físico y sexual de vosotros mismos y de cualquier otra criatura. No os asustéis, no os asustéis de las funciones físicas, no os asustéis de las palabras llamadas obscenas. Las palabras no tienen nada de malo. Es vuestro miedo, vuestro miedo innecesario el que la hace malas. Es vuestro miedo el que os separa físicamente hasta de lo que os es más cercano y más querido. Y cuando los hombres y las mujeres están físicamente mutilados se vuelven peligrosos, bravucones, crueles. Venced el miedo al sexo y restaurad la corriente natural. Restaurad las palabras llamadas obscenas que son parte de la corriente natural. Si no lo hacéis, si no devolvéis a la vida algo del viejo calor, nos espera un desastre brutal.

Meditación del impedido

He de seguir imaginándome a Mariátegui en su coche de paralítico, aquella tribuna rodante que pudo ser la burla plástica de su vida, pero que fué el handicap de su espíritu a una materia demasiado castigada—demasiado castigadora—que iba anticipando, con avara celeridad, su desmoronamiento.

Mariátegui y su coche—ese coche que remontó el Ande y viajó por todos los caminos de América, batiendo records de kilometraje y velocidad. Ese coche que dejó atrás el «Rolls» y el «Packard» del gamonal y el tirano y ha de aparecerse todavía, entre las nieblas de la sierra, como el carro de un nuevo profeta que dirá a la América las verdades que cercenó su marcha.

¿Quién recogerá la herencia de este coche que aprendió a transitar contra el tránsito, en sentido opuesto al que apunta el índice manchado del déspota? ¿Habrá quién siga remontando los cursos oficiales de la política americana en el coche de Mariátegui?

Invito a la meditación de Mariátegui y su coche. Meditación tranquila, sin gratuito desasosiego. Meditación del impedido.

¡Sublimidad de esta limitación! Mariátegui, inmóvil en su coche, conoció, con lucidez dolorosa, el verdadero valor del movimiento. Parejamente el drama de su parálisis le enseñó, con la dura lección de la necesidad, lo inútil del ademán y el aspavento sin motivo. La vida no pudo brindarle esa voluptuosidad primaria del desperezo y el cómodo cambiar de postura. El cuerpo le ascetizó el espíritu y le hizo ver toda la trascendencia de un vivir que no es girar sobre sí mismo, ni simular la marcha, sino moverse convulsivamente en la intimidad del ser, con toda la carga de la pasión y el pensamiento y con esa otra carga más triste de una carne macerada y unos huesos canijos.

Más no pudo dejar de sentir su cuerpo retrasado la espuela del ansia. ¡Cuántas veces se vería asediado por el íntimo deseo de la lucha material, brazo con brazo! Pero hizo fuete de su voluntad para castigar las vehemencias inútiles y resolvió por las vías de un pensamiento frío—de puro calecido—sus nobles rebeldías.

Resolución heroica. Y por ello serena. Asistida de esa firmeza de los espíritus que saben su misión. Y así no fué Mariátegui ese americano más de los gestos esporádicos y los desahogos circunstanciales, del epifonema estéril y el afeminado lamento. Fué el hombre de la organización mental, de las soluciones numéricas, de la estrategia revolucionaria. No

llevó a su obra el drama íntimo de su vida. Sabía que el drama —y más en América— casi siempre es teatro y ruta de Narciso. Examinó el caso peruano —el caso americano— con pasión lúcida de médico, no con pasión turbia de enfermo.

Por la misma ascesis de su vida, no confluyó en esa literatura del odio, grata al revolucionario. Entre las amenazas, las persecuciones, los encarcelamientos y los destierros, dijo siempre Mariátegui su palabra serena y sustanciada, sin carga de rencor, lastrada sólo con esa justicia que desprecia el grito, porque toda ella es un clamor vivo

Hombre apasionado —mis juicios se nutren de mis ideales, de mis sentimientos, de mis pasiones—, decía —no frecuente, sin embargo, el panfleto ni la proclama incendiaria. Su pasión —a diferencia de la de Unamuno, con quien tuvo su espíritu algunos puntos de contacto, a cambio de numerosas diferencias— se tradujo siempre en un celo ferviente por sus ideas, no en el arranque lírico ni en la confesión sentimental. Dejó su pensamiento desnudo, como el maquinista que desarbola su motor para que pueda apreciarse la solidez de la estructura y la exactitud del mecanismo.

Mariátegui expuso sus ideas con ardor, pero fué el ardor luminoso de los reflectores, mejor que el ardor humoso de las teas. En América se hacía —se sigue haciendo— demasiado comunismo inconsulto; un comunismo que no pasó nunca por esa escuela de rigor y precisión, por esa apretada organización revolucionaria que es la obra de Marx. Mariátegui, revolucionario genuino, no podía seguir los mismos caminos fáciles y trunco de una demagogia parvular. Mariátegui arribó al marxismo por los duros escarpes del análisis, la meditación y el estudio. Sus «7 ensayos» bastan para que la literatura revolucionaria de América tenga bibliografía.

Entre una muchachada ansiosa, pero desorientada, que se atropellaba para no ir a parte alguna, Mariátegui guió serenamente su coche, uno de los pocos vehículos del pensamiento político americano que sabía a dónde ir y por dónde ir.

Mariátegui, «apresurándose lentamente» en su coche de parálítico, ¿no es acaso el símbolo de una nueva América que vencerá no por el impulso ciego ni el movimiento improvisado, sino por el avance tenaz y progresivo, según el tiempo y la norma marcados por aquel hombre a quien le bastó la mínima posibilidad móvil de dos ruedas para escalar la última eminencia andina y plantar en ella la bandera de una nueva libertad?

Hagamos la meditación de Mariátegui y su coche. Meditación del impedido. Meditación del parálítico. ¿Parálítico? O paráclito ¿por qué no? Nunca la afinidad fonética de dos palabras me ha parecido tan íntima, tan sustancial. Mariátegui: parálítico: paráclito. Paráclito espíritu con cuya presencia y asistencia sigue contando América.

El escritor en la política

Lance sobre el escritor y la política

POR

Manuel Rojas

Es común oír decir que el escritor debe actuar en política. Personalmente, y en principio, no me parece mal la insinuación. Lo difícil está en ubicar la posición y la actividad del escritor dentro del campo a que quiere llevarse. ¿Cuáles deben ser ellas? El escritor es—o debe ser— el hombre de las ideas; el político pretende ser el hombre de gobierno, pero en la mayoría de los casos, y una vez en el poder, es el hombre de los intereses, de los intereses de clase, de los intereses de partido, de los intereses de grupo, en ocasiones sólo el hombre de los intereses personales. Estos dos seres, si son verdaderamente escritor el uno y político el otro, son incompatibles. Mientras uno persigue el poder, el otro persigue las ideas, ideas que en ciertos casos sólo sirven para que lo persigan a él.

Debido a ese antagonismo, no hay memoria de que un escritor haya podido sostenerse, dentro de un partido que gobierna, con la integridad que su categoría de escritor le exigía. O ha hecho concesiones al partido, perdiendo así una parte si no toda su calidad moral de escritor, o ha debido salir por la puerta o por la ventana, cuando no por el tragaluz o la chimenea. En la oposición el escritor está bien: puede desenvolver sus propias ideas y defender aquéllas que forman la base mínima o máxima de la organización en que lucha. En el poder, si continúa guardando su categoría de escritor, está mal, pues el poder crea intereses que no tienen la pureza de las ideas que hicieron posible la ascensión de un grupo político cualquiera. Si hace concesiones, está perdido como escritor; si no las hace, está perdido como político.

De todo esto saco en consecuencia que el escritor no es un hombre de poder y que no debe ni puede participar en él. Más aun: casi sería preferible que no formara en las filas de ningún partido. No es necesario. Hay una línea

moral eterna que con ligeras oscilaciones viene, en la civilización occidental, desde Jesucristo hasta nosotros, pasando por el campo magnético de innumerables cabezas pensativas y dolorosas. Esa línea debe defender el escritor. El la conoce y la siente. Hay ciertos valores, ciertos principios, ciertos sentimientos, que no tienen dentro del Estado, en la actualidad, defensores libres, es decir, desinteresados. Esos valores, esos principios, esos sentimientos, están contemplados en la mayor parte de los programas políticos; pero, también en la mayor parte, son sólo la teoría, el reclamo, en una palabra, lo que se llama la plataforma. Esa plataforma, una vez el grupo en el poder, muertos o pervertidos los líderes que la crearon, es olvidada casi por completo y en muchas ocasiones negada virtualmente y en el hecho. El escritor no debe olvidarla y dentro o fuera de los partidos políticos tiene que defenderla aún en contra de sus simpatías políticas, aún en contra de su propio partido.

Esta es, ciertamente, una invitación al heroísmo. Pero creo que es la única actitud noble del escritor.

Por lo demás, los partidos políticos sólo necesitan al escritor hasta el día antes de subir al poder. Una vez allí, el escritor es relegado automáticamente al último término. «Se acabaron las ideas, ahora vienen los hechos; necesitamos hechos, no *psicologías*». La palabra hechos, tiene a veces en política una expresión terrible, una expresión ante la cual la línea moral de que hablé desaparece por completo. *Hechos* de esa índole son los asesinatos ordenados por Hitler; *hechos* son los recientes procesos de Moscú; *hechos* son el asesinato de Mateotti y otros crímenes fascistas; *hechos* son los fusilamientos de los anarquistas de Cronstadt. Los políticos terminan por defenderse con hechos, no con ideas. ¿Qué puede hacer en casos semejantes el escritor?

Pero hay otros ejemplos, no tan terribles, pero sí muy elocuentes. Veamos el caso de André Gide. André Gide se dió cuenta un día de que la salvación de la cultura y de la humanidad estaba en el comunismo. Se hace comunista y durante algún tiempo la orgullosa pero ya aporillada bandera de la Tercera Internacional ostenta, como uno de sus más preciados trofeos, la pensativa cabeza del maestro. Pero un día va a Rusia. Para él el comunismo, más que un partido político, más que una de las fuerzas del proleta-

riado, más que un conjunto de comisarios del pueblo y de mariscales rojos, es una idea moral, un ideal social; en suma, un nuevo y completo sistema humano. Entre la imagen que él desearía ver y la que ve, hay algunas diferencias, no diferencias económicas, no diferencias de organización, de distribución o de consumo, pero sí diferencias morales que son tanto más notables cuanto que no hay, razonablemente, nada que las justifique. A Gide no le habría importado que en lugar de tres millones de tractores, la U. R. S. S. sólo produjera anualmente millón y medio. No sólo de tractores vive el hombre. Hay otros valores humanos más altos, y Gide no puede callar esas diferencias; hacerlo sería rebajar su concepto y su imagen del comunismo, disminuirlo, achicarlo hasta el extremo de hacerlo despreciable para sí mismo. Y como no tiene compromisos ni intereses políticos o económicos, como es, antes que nada, escritor, habla. Y al hablar no se refiere en ningún momento al comunismo, del cual tiene siempre el mismo juicio y al que mira siempre con el mismo fervor. Se refiere sólo al partido que gobierna y a su régimen político.

Esto es suficiente. Su nombre es borrado de las listas de honor y la prensa de la Tercera Internacional lo acusa de dar armas a los enemigos, como si esas armas las hubiera creado el propio Gide y no fueran sólo el reflejo de una realidad psicológica efectiva. ¡No se puede tocar al partido ni con una flor!, parece ser la consigna. ¿Puede un escritor aceptar, dentro de ningún partido, consigna semejante? Sin duda que puede, pero a costa de su dignidad.

Y si esto sucede a un escritor íntegro con un partido que parece o que debiera ser la suma de la democracia y de la libertad, ¿qué no le sucedería en medio de las hordas armadas, pardas o negras, que hoy amenazan la vida y la cultura de los pueblos? Porque, al fin de cuentas, las diferencias encontradas por Gide pueden tener causa en el estado de ánimo especial en que actúa el partido de la Tercera Internacional—ésto, haciendo la manga muy ancha—, diferencias que quizá desaparecerán con el estado de transición en que viven hoy los Societs y, más que nada, con el cambio del grupo político que domina. Pero esas mismas diferencias constituyen, para las hordas de que he hablado, principios y normas morales de conducta, es decir, que lo que

en un partido es un error, para los hordas es el texto sagrado.

En esta forma, no veo para el escritor honrado porvenir espiritual alguno en la política militante, aunque sí lo veo en una actitud política independiente. En mi concepto, mientras los partidos que persiguen el poder o que ya están en él no le ofrezcan un clima moral indispensable para poder subsistir como individuo libre de intereses de clase o económicos, el escritor deberá dedicarse a defender los puntos que le indicado. Esa es, por ahora, según mi juicio, la única actitud política posible para él.

Y es la única porque los intereses del escritor son muy distintos de los intereses de los grupos que actúan en política. Sus intereses son únicamente morales. El trabaja con elementos espirituales e intelectuales que están fuera de todo comercio. Ese trabajar con esos elementos da a su alma y a sus sentimientos una estructura y una calidad especial que los demás no tienen y que, sin embargo, deberían tener.

Verdad y conciencia de André Gide

POR

Enrique Espinoza

El pequeño libro (para no decir librito) de André Gide, *Retour de l'U. R. S. S.* consta, apenas, de cien páginas honradas de tipo común. El tamaño de cualesquiera de sus *nouvelles*. Sin embargo, ninguno de los grandes volúmenes que se han escrito ultimamente sobre la Unión Soviética ha levantado tanto revuelo de uno y otro lado de la estrella... ¿Por qué?

De seguro, por todo, menos por tratarse—ya insinuamos lo contrario—de un librito insignificante como pudiera parecer a simple vista. En tal sentido, *Retour de l'U. R. S. S.* cumple en forma definitiva lo que Gide se propuso siempre. No deslumbrar al lector con el brillo de su talento; hacer más bien, como dice en uno de sus *Journals*, que ciertos juglares se pregunten: *que trouvez-vous á admirer*

là dedans? Pues, desde hace mucho tiempo, Gide no pretende ganar su causa sino por apelación: *Je n'écris que pour être relu.*

Ahora bien, después de todo lo que se han apresurado a verter sobre el testimonio de Gide amigos y enemigos del régimen soviético (desde el simple juego de palabras con el título en español, hasta el completo retorcimiento de sus conceptos fundamentales, pasando por una hipócrita aprobación de sus reproches al stalinismo) creemos que conviene volver atentamente sobre el libro en cuestión antes de enjuiciar a su autor, según se ha hecho, en última instancia, como reo de lesa majestad....

Se presenta a propósito de este libro de Gide una curiosa paradoja. Aquellos que pregonan *urbi et orbe* que el Jefe siempre tiene razón, pretenden hoy aprobar su inconformismo, mientras quienes revisan por lo su tanto los hombres como los principios, le enrostran con amargura su discusión de unos y otros.

Naturalmente, ningún alegato entre los que conocemos de los primeros, es digno de ser tomado en consideración. Todos adolecen de idéntica mala fe. Tratan de aprovechar de cualquier manera la crítica de Gide en su propaganda contra el comunismo, olvidando de intento lo que el autor de *Los Falsos Monederos* afirma como más importante en el prólogo de su nuevo libro:

..... *les erreurs particulières d'un pays ne peuvent suffire à compromettre la vérité d'une cause internationale, universelle.*

Idea principal sobre la que Gide vuelve en forma terminante en la última página, para asegurar que sería gravísimo error unir demasiado estrechamente a la U. R. S. S. con la causa que ella representa a nuestros ojos, pues pudiera juzgarse a la causa como responsable de lo que deploramos en la U. R. S. S.

Esto es precisamente lo que han hecho, como veremos luego, algunos amigos demasiado celosos de Gide y de la U. R. S. S., confirmando así el interesado y terco afán de sus detractores.

Por nuestra parte, justo es recordarlo también, procedimos desde un principio de modo completamente distinto.

Al ver en la primera página de *Vendredi*, 6 de Noviembre de 1936, el *Avant-propos* del libro de André Gide como única nota alusiva al XIX aniversario de la Revolución triunfante, en coincidencia con el primero del excelente periódico, no pudimos menos que traducirlo de inmediato para el número inicial de *Onda Corta*, a punto de imprimirse, precediéndolo de una acotación referente a las capciosas informaciones cablegráficas de los grandes diarios argentinos que, tan sin control, copian los de Chile. He aquí su breve texto:

«Una afortunada coincidencia nos permite ofrecer en esta página el prefacio del último libro de André Gide, *Retour de l'U. R. S. S.* que aun no ha llegado a Santiago; pero cuyo sentido tuvo ya tiempo de tergiversar indirectamente la prensa *seria*.»

Desde luego, nuestra traducción fué reproducida dos días después con una notícula semejante y hasta menos vaga en *Frente Popular*; pero más tarde cuando el libro de Gide fué objeto de ataques por parte de Lion Feuchtwanger y otros amigos de la U. R. S. S., el mismo diario no tuvo inconveniente en transcribir esas diatribas de la revista argentina *Pan*, sumándose así a la torpe campaña iniciada por *Izvestia* contra «la risa y las lágrimas de André Gide», por su apartamiento de la «línea sagrada».

Hoy cualquier lector puede seguir más o menos las páginas del *Retour de l'U. R. S. S.* gracias a la editorial *Sur* «en su primera traducción española directa del francés, legítimamente autorizada», y saber por sí mismo en qué consisten la risa y las lágrimas de André Gide que tanto divertieron al diario ilustre de Moscú.

Sin embargo, nos parece oportuno recordar todavía algunos antecedentes del autor acerca del tema capital de su libro, para su más perfecta comprensión.

Como todo el mundo sabe, Gide fué a Rusia en ocasión de la muerte de Máximo Gorki, en cuyos funerales debía pronunciar un discurso oficial que aparece encabezando justamente, el apéndice de este libro. Pues bien, una sola línea de llamada a dicho discurso constituye, a nuestro juicio, la clave de todo el cambio de André Gide, cambio que no es tal si se recuerda su otro discurso en el primer Congreso

Internacional de escritores para la defensa de la cultura, realizado en Junio de 1935 en París.

En este magnífico ensayo más que discurso, Gide analiza la posición del escritor en la sociedad capitalista contemporánea para concluir que en ella la literatura que vale la pena tiene que ser inevitablemente una literatura de oposición. Aun admitiendo en Rusia un espectáculo sin precedentes y de una importancia ejemplar, donde el escritor en vez de ir contra la corriente puede dejarse llevar por su curso, no se olvida de añadir con absoluta lucidez:

«Es indudable que ésto encierra sus peligros, pues la obra de arte implica una resistencia que vencer. Pero ya habrá más tarde tiempo para hablar de esta nueva dificultad.»

Y el tiempo ha llegado quizá antes de lo que el mismo Gide pensaba. De ahí la *mise au point* de su despedida a Gorki. Por el camino del arte Gide había entrevisto su verdad y al reconocerla en la U. R. S. S. en construcción, no pudo menos que sentir la responsabilidad de subrayarla como artista.

En el ensayo o discurso ya citado del Congreso de París, Gide anotaba aún:

«Creo que es conveniente dejar a cada espíritu la libertad de interpretar los grandes textos a su manera. En caso de que saque de ellos una lección distinta de la corriente, de la oficial, diré, puede que después de todo tenga razón, o aún estando equivocado, su mismo error sea más provechoso que la ciega sumisión al punto de vista admitido. El fin de la cultura es la emancipación del espíritu y no su esclavitud.»

A la luz de estos antecedentes conviene releer el *Regreso de la U. R. S. S.*, pues Gide no hace más que confirmarlos en todo sentido.

Lo más admirable para nosotros del libro de André Gide es su planteo de la situación rusa desde un punto de vista psicológico. Por lo general, el escritor y en particular el novelista, prefieren adoptar una postura ajena a su verdadera índole. De ahí esos libros informes, llenos de números, con que ciertos poetas inseguros de los suyos propios, pretenden darse importancia. Gide deja esto a los técnicos

y especialistas a cuyas alabanzas se remite generosamente.

Como D. H. Lawrence en aquel certero ensayo que se titula *The state of funk*, declara de entrada: *les questions psychologiques seules sont de mon ressort; c'est d'elles, et d'elles, seules, que je veux ici m'occuper*. Y, con una visión mucho más profunda que la de Lawrence, agrega: *si j'aborde de biais les questions sociales, c'est encore au point de vue psychologique que je me placerai*.

Claro que no le resulta fácil a Gide ordenar sus reflexiones fuera de aquella selva oscura que lo atrae y en la que se pierde según su propia confesión, porque *les problèmes, ici s'entrecroissent et se chevauchent*.

El mismo Lawrence dice en el ensayo ya mencionado que está convencido de que los hombres desean ser más decentes de lo que les permite nuestro sistema social de pillaje y dinero; pero aun las cuestiones económicas le interesan a Gide por su repercusión psicológica. De más decir, pues, que es en este campo, que le es propio, donde Gide se mueve con mayor soltura y autoridad.

Los primeros contactos con los trabajadores, intelectuales y estudiantes de la U. R. S. S. llenan de júbilo al viajero occidental. Hasta la misma valla del idioma, tan sentida por el huésped, es superada por las sonrisas cordiales y las miradas de reconocimiento que le dirigen en todas partes. Gide duda de que la palabra pueda añadir más y exclama entusiasmado: *Oui, je ne pense que nulle part, autant qu'en U. R. S. S., l'on puisse éprouver aussi profondément et aussi fort le sentiment de l'humanité*.

Aquí coincide del todo con Waldo Frank cuyo libro sobre Rusia se adelanta en este aspecto como en algunos otros, al *Regreso de la U. R. S. S.* Nuestro gran amigo americano, después de recorrer las principales ciudades del mundo, atraído siempre, antes por los edificios que por las gentes, anota asimismo que sólo en Leningrado le ha sucedido lo contrario. Allá se sorprende al día siguiente de su llegada canturreando feliz por las calles y hasta al desperatar, como Rainer Maria-Rilke, muchos años atrás.

Un canto de admiración y de reconocimiento al formidable pueblo ruso es por entero el primer capítulo del pequeño

libro de Gide. La potencia lírica del autor de *Si le grain ne meurt*... alcanza su nota más profunda al describir el desfile silencioso, recogido y melancólico de la muchedumbre de Moscú ante el catafalco de Máximo Gorki en la gran Sala de las Columnas. Este espectáculo de mujeres, niños y ancianos, casi todos mal vestidos, de rostros en los que se leía una especie de estupor entristecido, pero también, y sobre todo, una fuerza de radiante simpatía, ofrece a los ojos inteligentes de Gide, el esteta, algo más admirable aun que la belleza física de la adiestrada juventud comunista que ve desfilar pocos días después en la Plaza Roja.

Gide no escatima ciertamente el elogio a estos jóvenes. La descripción que hace de su encuentro con una partida de *Komsomols* en el tren que lo lleva, en compañía de Jef Last, Guilloux, Herbart, Schiffrin y Dabit, al Cáucaso, constituye por su fineza una estampa encantadora e inolvidable. Con razón considera este encuentro, lo mismo que sus compañeros, uno de los recuerdos mejores de su viaje en común.

Poco se detiene Gide en la pintura de los maravillosos paisajes que atraviesan. Apenas los insinúa. Lo que le importa, como ya señalamos al principio, es el hombre y su comunión con los demás hombres, tan evidente en ese desfile que parecía venir del pasado, ante el catafalco de Gorki. Por alcanzar eso, de seguro, dice Gide que daría los más bellos paisajes del mundo. Y por lo mismo que lo ha experimentado tan profundamente en la U. R. S. S. a través del alborozo de los niños, de los juegos y entretenimientos de los jóvenes y de la amistad espontánea de los trabajadores, quisiera merecerlo aun más en el futuro. ¡La eterna preocupación de André Gide!

Por supuesto, lo que con ese fin y siempre desde su particular punto de vista, proclama lleno de amor, en los otros capítulos de su breve libro, no lo pueden comprender los actuales mentores de la U. R. S. S., demasiado preocupados del presente.

Pero ¿qué es en resumen, lo que Gide echa de menos en la U. R. S. S.? En primer término, la ausencia total de espíritu crítico, a despecho del marxismo y la cultura. Una sola opinión es lícita sobre las cosas más diversas. Y

para peor, las mentes se están haciendo ya a esta uniformidad. Lo que importa es estar en «la línea». El que está en la línea puede conseguirlo todo. El que se aparta de ella aunque sea un ápice, será difamado y víctima de las penas más severas. La democracia no existe en ningún grado dentro del Partido gobernante. La voluntad de su jefe es indiscutible.

Pravda enseña todas las mañanas lo que debe saber y creer el ciudadano soviético. De manera, dice Gide, que cada vez que uno habla con un ruso es como si hablara con todos. Lo que no indica necesariamente que cada cual obedezca a una consigna. Quien obedece a una consigna, subraya nuestro autor con perspicacia, puede por lo menos, sentir que no es libre. Mas si se le ha predispuesto en tal forma que ya ni siquiera oye la consigna para responder a ella, el espíritu pierde hasta la conciencia de su servidumbre.

Sobre este peligro Gide insiste sagazmente con numerosos ejemplos. Los que han tenido oportunidad de tratar a semejantes idólatras de la U. R. S. S. en cualquier latitud, saben hasta qué punto es así. Porque el problema que se plantea el maestro francés no deja de ser universal como la cultura que compromete.

La misma «jactancia rusa» que Gide analiza de paso, fundándola en una carta de Gógol sobre la que le llama la atención Eugène Dabit, se puede observar en los comunistas oficiales de todo el mundo con menos fundamento por cierto que en los de la U. R. S. S.

Cuanto al pintoresco culto del Jefe que otro escritor de calidad, el americano Edmund Wilson, ha comentado casi simultáneamente en sus finísimos ensayos sobre Rusia, bajo el título de *Stalin as Ikon*, Gide anota algunas experiencias propias que no dejan lugar a dudas. Pero no vale la pena insistir al respecto. Los diarios más serviles del mundo han explotado ya a su sabor la famosa anécdota. Lo malo está en que no la hayan sabido aprovechar con más autoridad los escritores del otro lado de la estrella ni siquiera ante los «oportunos» procesos de Moscú.

Entre todos los artículos adversos que hemos leído de los compañeros de Gide sobre su *Retour de l'U. R. S. S.* sólo merece ser tomado en cuenta el de Georges Friedmann

que aparece en el número de *Europe* correspondiente al mes de Enero. Es por lo pronto el más respetuoso y el menos irónico. Desde un comienzo Friedmann, al revés de Romain Rolland y Feuchtwanger, algo reconoce *dans ce livre en apparence fait d'une chaîne assez lâche, — en réalité composé avec l'art le plus subtil et le plus soucieux de persuader.* Y aunque el distinguido profesor no se da por convencido en ningún momento, confiesa, sin embargo, en las últimas páginas, que nada lo detendría para ir en el mismo sentido que Gide si creyera que el interés de la U. R. S. S. y de la causa humana lo exigieran.

Mientras tanto, Friedmann se dedica a discutirle al maestro hasta su dedicatoria a Eugène Dabit, poniendo en duda que el malogrado escritor francés hubiese aceptado la enorme resonancia política dada a estas impresiones en un momento como el actual.

A este propósito si no bastara recordar las propias palabras de Dabit sobre André Gide en su *Carnet Vert*, (1) el joven poeta holandés Jef Last, que como otros poetas ingleses y franceses, lucha hoy contra el fascismo en España, le ha enviado a Friedmann una esquelita que se publica en el número de Febrero de la misma revista y que termina con estas palabras: *J'ose dire que le livre qu'a écrit Gide était bien celui que Dabit attendait et exigeait de lui.*

Pero Friedmann a pesar de este testimonio y de otro semejante de Pierre Herbart, insiste sobre la inoportunidad del libro de Gide, citando como un caso entre cien, que el *Regreso de la U. R. S. S.* ha servido en la Argentina para apoyar la ley de represión contra el comunismo. Lo que es bastante inexacto. El proyecto sometido al Senado argentino por el representante fascista de la provincia de Buenos Aires, data de varios años atrás y sólo fué aprobado en dicha Cámara cuando el Poder Ejecutivo que cuenta en ella con una mayoría servil lo hizo suyo. La discusión incidental del libro con el Dr. Lisandro de la Torre contribuyó ciertamente a difundirlo en forma extraordinaria; pero esto no deja de ser plausible si se tiene presente que nuestra burguesía

(1) «La pensée d'André Gide si souvent est mienne. . . . J'ai trouvé en lui un artiste, un intellectuel, qui toutefois n'a pas cessé d'être un homme, l'est plus et mieux aujourd'hui. Je ne m'aurais pour guide, come je le choisirai, lui.»

La Nouvelle Revue Française, Oct., 1936.

sólo conoce sobre Rusia engendros como «La Virgen Bolchevique» o «Kaput»... Lástima, no más, de traducción irresponsable. Hemos dejado de intento algunas frases del *Rotour* en su idioma original para que el lector se tome el trabajo de cotejarlas....

Por suerte, empieza a producirse en todas partes una especie de esclarecimiento de los hechos psicológicos analizados por Gide desinteresadamente, no obstante todas las tergiversaciones. Waldo Frank que en su discurso de apertura del Congreso de escritores de México ha tenido palabras tan exactas acerca de muchos hombres que se creen socialistas o comunistas y que son de estructura mental fascista, acaba de declararle allá al poeta Luis Cardoza y Aragón:

«La actitud de Gide es desde luego ejemplar y perfectamente revolucionaria. Y quiero, sobre todo, destacar que es ejemplar. Mucho de lo que André Gide nos dice en su *Retorno de la U. R. S. S.*, lo dije yo en mi libro sobre Rusia, *Aurora Roja*. Estoy de acuerdo con lo que dice Gide en gran parte de su libro. Y como Ud. dice, es demasiado cándida la alegría de los burgueses y retrógrados por las críticas de Gide al régimen comunista. Y es también demasiado torpe, reaccionario y ridículo, el resentimiento de algunos escritores de izquierda por lo que Gide critica.»

de J. C. Mardrus

La misión del escritor

Es sabido que una revolución de tres días hace más por el avance del espíritu humano que un siglo de charlas parlamentarias y discursos académicos.

Hoy que los valores antiguos pierden su prestigio y que empezamos a tener el sentido de la rebeldía contra el desorden, el «confusionismo» y la anarquía, que los horizontes se desplazan hacia el Oriente, que la solidaridad humana quiere ser base de la cooperación universal en el dominio universal, que tratamos de reemplazar la palabrería por la ciencia y el raciocinio, que hemos denunciado la incapacidad intelectual del escritor oficial, que sabemos que el enemigo es el oportunismo revolucionario y que el régimen capitalista que ha ce-

rrado su ciclo no puede ser corregido con reformas ni reajustes, estamos frente a problemas esenciales que tienen suspendido al mundo contemporáneo, que cada uno de nosotros debe sin tardanza tomar clara posición contra el régimen nefasto de competencia entre pueblos e individuos, afirmemos que a su vez aquel que tiene entre sus dedos el más frágil y el más eficaz de los instrumentos humanos: la pluma del escritor, será escritor revolucionario o no será nada.

Sé que esta palabra tan usada corre el peligro de servir de espantajo en ciertos medios; sé que los que están a ración de la inteligencia, los precarios del entendimiento, se pasan repitiendo que el espíritu revolucionario es poco favorable al desarrollo del arte, a la expansión de las bellas letras y del humanismo, a la creación de obras maestras. Pero la historia nos prueba que el genio alcanza su plenitud en la tempestad. Una de las épocas más violentas, el Renacimiento, vió florecer los grandes príncipes del espíritu: un Dante, un Shakespeare, un Leonardo, un Ariosto, un Montaigne, un Camoens, un Galileo, un Cervantes, un Erasmo, un Copérnico y tantos otros, mientras el saqueo de Roma no hacía ni temblar las manos divinas de Miguel Ángel. Poco más tarde nuestro Descartes meditaba su inmortal método bajo el vivac y en los campos, en medio de los azares de una vida aventurera. Es sabido, asimismo, que durante la más fina civilización de nuestro orbe, el estado habitual de la antigua Atenas era el terror. La seguridad de los ciudadanos era bastante problemática y los más eminentes, a la menor denuncia, eran llevados ante el más cruel de los tribunales demagógicos. Sócrates era condenado a beber la cicuta y Platón era vendido como esclavo en Siracusa. Y mientras fuera amenazaba el enemigo y se encendía la guerra civil, el demiurgo Esquilo recreaba el mundo mediterráneo, Fidas intundía vida a su Minerva, Praxíteles immortalizaba la sonrisa de Afrodita, los arquitectos ponían el último toque a la indestructible Acrópolis. En Roma, durante la época de los proscripciones y de las luchas internas, nacieron las obras más originales. El universo mismo, según los libros primitivos, nació en medio del caos.

Los escritores padecerían una incurable estupidez si creyeran en el régimen de la olla llena, régimen de una intolerable vulgaridad. La quietud beata de la burguesía ha resultado mortal para la civilización. Termina ahora con la quiebra de los fetiches consagrados.

Es por eso que debemos instaurar profundamente en los corazones el espíritu revolucionario moderno, que no es, según la creencia de los simples, un «complejo» de motines sangrientos, de violencias, de incendios, de pavimentos levantados, de gases asfixiantes, de caldos de cultivos microbianos, de inmensas olas de venenos químicos. Dejaremos todo esto a los ejércitos capitalistas. A nosotros, escritores modernos que aceptamos

libremente la severa disciplina del trabajo con la pluma bien llevada, nos incumbe reemplazar una organización en estado de falencia por un orden nuevo científicamente establecido sobre bases de solidaridad universal y de cooperación universal. En cuanto a la violencia, si por desgracia se mezclara, la responsabilidad caería por entero sobre la contrarrevolución que tratara de recuperar sus privilegios irritantes.

No se nos oculta que vamos contra los mezquinos intereses de meros lacayos de la pluma que se pretenden escritores y no son más que dueños de casa, candidatos a la Academia, cazadores de condecoraciones, adulones de ministros y parlamentarios. No nos preocupan. No es hora de vacilaciones pues el tiempo de un mundo agónico ha empezado.

Que continúen los plumíferos de espíritu a la vez egoísta y gregario, poniéndose a sueldo de los acaparadores de un lucro efímero, así quedarán más en evidencia. Está próximo el momento en que sus valores no podrán ser cambiados por nada que valga. La literatura que no es más que literatura, la nauseabunda producción de erotismo, esteticismo, sadismo, «sex appeal», adulterios, todas esas novelas descorazonadoras premiadas por la humillante caridad de mecenas calculadores, sólo inspiran repulsión y asco a nuestra juventud de vanguardia nutrida de espíritu revolucionario, de ciencia, de experimentalismo y del más racional de los ideales humanos. Corresponde a esta juventud literaria de esta época inaudita, severa y magnífica en que nos ha puesto el destino, descender de las alturas del mundo mental hacia el corazón del mundo sensible, realizar el estudio teórico de la salvación para poder aplicarlo pronto. No tardará en sonar la hora que ha de permitir a los más sabios y a los más alertas de vosotros alcanzar el eslabón que os entregará toda la cadena.

de Ignacio Silone

Carta a Moscú

A propósito de mi novela *Pan y Vino* ustedes me han sugerido que me ponga en correspondencia con el señor Ernst Ottwald, a fin de que nuestras cartas puedan publicarse en la revista *Das Wort*. He recibido el ensayo del señor Ottwald y tengo preparada mi respuesta. Sin embargo, siento tener que decirles que no puedo admitir que mi nombre continúe apareciendo en la revista, ni siquiera como el de un colaborador circunstancial.

Ustedes saben que yo estoy por la defensa de la cultura, especialmente allí donde la amenaza el fascismo. Saben asimismo, que he luchado siempre junto a los obreros y campesinos por un mundo mejor. Y no ignoran que he atacado sobre todo, los instrumentos fascistas de justicia, esas máquinas de destrucción dedicadas con tanta eficacia al exterminio de los opositores políticos; esas cortes fascistas de justicia en las cuales el derecho de defensa no es concedido al acusado y las «confesiones» son obtenidas por medio de torturas bárbaras y sutiles que a veces no resisten ni los más fuertes.

Afirman ustedes estar de acuerdo con todos los que luchan contra el fascismo. Reclaman, en verdad, la dirección y la vanguardia en esta lucha. Pero si al mismo tiempo ustedes se solidarizan y aprueban que los opositores en Rusia sean desterrados por medio de órdenes policiales y procesados sin conocimiento de la naturaleza de las acusaciones que se les dirigen; sin la menor oportunidad de probar su inocencia mediante testigos o consejos independientes de la amenaza de venganza—¿qué valor tienen entonces las protestas platónicas contra los métodos de la policía y la justicia fascista? ¿Qué sinceridad puede atribuirse a las palabras que mes a mes ustedes publican acerca de los derechos elementales del hombre, los valores humanos y la defensa de la cultura? ¿En qué queda el humanismo que decís representar?

Sólo recurriendo a la sofistería y al malabarismo verbal se puede sostener que los procesos que han tenido lugar recientemente en Rusia son otra cosa que un crimen colectivo contra personas que estaban en desacuerdo con la línea política dominante ahora en el país. Estos procesos fueron disfrazados con el manto de la legalidad y la justicia. No deja de ser evidente, sin embargo, la caricatura macabra de la justicia. Ningún hombre con algún conocimiento real del espíritu humano puede creer en tales «confesiones». Todo el gigantesco aparato de propaganda a disposición del gobierno soviético se ha puesto en movimiento para distraer la opinión pública y velar así la naturaleza verdadera de las objeciones que los opositoristas ejecutados habían hecho a la política del gobierno. Se quiso pasar todo por una simple «purga» moral. Zinoviev, Kamenev, Tomsy, Bujarin, Radek y otros bolcheviques fueron presentados como seres corrompidos pagados por la Gestapo alemana para establecer el fascismo en Rusia. Pero es preciso que comprendan que el truco de la culpabilidad moral con que ustedes tratan de atemorizar las mentes de aquellos que están en la oposición no hace ya efecto en muchos de nosotros. No nos dejamos impresionar más por el torrente de palabras que ustedes gastan en tales ocasiones. Por el contrario, muchos de nosotros comprendemos recién la necesidad de un pensamiento riguroso y una discusión honrada acerca de este asunto.

¿Cuándo falsifica la gente la posición de un opositor polí-

tico? ¿Cuándo le atribuye intenciones criminales? ¿Cuándo lo asesina o lo obliga a suicidarse? Cuando se siente muy débil o muy cobarde para llevar a cabo una discusión honesta y una lucha abierta sobre los problemas básicos del país. Podemos admitir casos aislados de vileza y corrupción; no estamos en condiciones de aquilatar hechos. Pero tratándose de toda una corriente política representada por hombres que han luchado toda su vida contra el absolutismo zarista y la burguesía internacional; por hombres que se llaman Trotsky, Zinoviev, Kamenev, Radek, Bujarin... entonces ninguna propaganda conseguirá hacernos creer que estamos frente a una simple «purga» moral concerniente a una banda de criminales. Cualquier hombre en su sano juicio comprenderá que un gobierno que emplea tales medios en la lucha contra la oposición política, tiene que sucumbir probablemente si corre el riesgo de una discusión honesta ante la opinión pública del país. Hay una manera de contrarrestar la difamación esparcida por el gobierno soviético y consiste en tomar el problema en su raíz. Tenemos que preguntar: ¿Qué se ha hecho de la Revolución Rusa? ¿Cuáles son las causas del agudizamiento de las contradicciones internas de la Unión Soviética? La tarea de los periodistas y escritores en favor del gobierno ruso (y por lo tanto la de la revista *Das Wort*) consiste en evitar inteligentemente toda discusión peligrosa sobre este asunto, preferir más bien el tema de la nueva Constitución y los derechos democráticos que asegura su texto a los ciudadanos rusos. Pero una manobra de esa clase sólo puede engañar a los intelectuales desprovistos de todo sentido crítico y que padecen la enfermedad mental llamada «cretinismo jurídico».— El cretinismo jurídico consiste especialmente en la costumbre de tomar las leyes de un país como la expresión exacta de las relaciones sociales existentes entre sus conciudadanos. Este cretinismo jurídico explica, por ejemplo, la debilidad mental de aquellos intelectuales que van a Italia, estudian las leyes fascistas del país y regresan convencidos de que no existe más capitalismo en Italia, que ha sido abolido por las mismas leyes fascistas. Y si acaso alguno de esos viajeros va a Francia, se volverá convencido de que los ideales de «Libertad, Igualdad y Fraternidad» constituyen la base de las relaciones sociales de Francia, desde que éstas son las palabras sacramentales inscritas en todos los documentos oficiales de todas las cortes de justicia, en todas las escuelas y edificios públicos.

La crítica socialista desde su fundación por Marx y Engels nos ha prevenido contra el cretinismo jurídico. Los socialistas han criticado siempre la democracia formal, la libertad abstracta, la igualdad en la letra. Los socialistas han dicho siempre que no se podía juzgar un país por sus leyes sino por las relaciones reales que existen entre los seres humanos. Emil Ludwig, Lion Feuchtwanger, Jacob Buehrer están entusias-

mados con la nueva Constitución soviética (no hay que esperar mucho de la gente de letras). Pero ningún obrero socialista, industrial o agrícola, ganado a la comprensión marxista e inmunizado por lo tanto contra el cretinismo jurídico, dará crédito a los párrafos abstractos de la constitución soviética. Ante las ejecuciones de Agosto preguntará también:

¿Qué se ha hecho de la Revolución Rusa? ¿Cuáles son las causas del agudizamiento de las contradicciones internas de la Unión Soviética?

Estoy seguro de hacer por medio de esta carta (que no dejará de ser publicada) un acto de justicia a todos mis amigos y lectores que han llegado a conocerme por mi manera de pensar. Me siento capacitado para hablar con franqueza especialmente porque no he tenido conexión alguna con los revolucionarios ejecutados, a quienes por lo demás creo tan responsables como los otros del presente soviético.

En esta carta no me solidarizo con ninguna de las fracciones rusas. Esta carta es un acto necesario que fluye lógicamente de mi posición general antifascista. Si permaneciera en silencio ahora no tendría valor para escribir una línea más en contra de las dictaduras fascistas.

Estoy convencido — y esta convicción es lo que he tratado de expresar en toda mi obra — que para luchar contra el fascismo no nos hacen falta tanto medios materiales, armamentos pesados y aparatos burocráticos, cuanto una visión diferente de la vida y los seres humanos. Mis queridos amigos, sin esta visión diferente de la vida y los seres humanos, nos convertiríamos en fascistas. Y yo rehusó ser fascista, ni siquiera fascista rojo.

de Arturo Serrano Plaja

El genio de España

(Palabras proféticas)

Era por el año 1932.

No había nacido aún «Falange Española». Aún no se había inventado la forma adecuada a la etapa superior de nuestro capitalismo, a nuestro fascismo, a la enfermedad que ahora nos sale dramáticamente a la cara. El «orden», la «patria», la «U. P.», los «Somatenes», etc., eran cosa demasiado inmediatamente desgastadas por la Dictadura para poder endosar de nuevo este cheque, este pagaré, a la sangre del pueblo español.

El capitalismo español necesitaba, por tanto, absolutamente, alguien que le inventase la adecuada careta, ya trágica, con que dar su última batalla. Y la encontró: Giménez Caballero, el más inteligente y el más sinvergüenza de los escritores españoles reaccionarios, encontró el genio de España, escribió el libro que necesitaba la adolescente turbiedad mental de los estudiantes hijos de potentados para ser heroicos y defender la cuenta corriente de papá, todo de un golpe.

El «¡arriba España!», la «heroica falange» etc., etc. Todo ha salido, todo ha nacido en ese genio de España, tan maravillosamente adaptado a la medida y condición de nuestros señoritos.

Por todo esto, por la enorme importancia —no hay que dudarlo— que en España ha tenido el libro GENIO DE ESPAÑA, de Ernesto Giménez Caballero, resulta en extremo interesante releer, para recordarlos, algunos de sus párrafos.

Y así, en el fascinante y facilísimo esquema que es todo el libro, dos de los esquemas parciales que son «el comunismo en España» y «la democracia en España», por su palpante actualidad, como vamos a ver, son los que hoy interesa destacar. Han resultado verdaderas y auténticas profecías. Invertidos sus términos exacta y absolutamente, pero profecías al fin.

Dice así en el capítulo «El comunismo en España»:

«Pero todo ello, si quiere decir que España, la genuina España, lucha una vez más contra el enemigo de Oriente, no quiere decir que no haya moros en la costa.

¡Y auténticos moros!

No quiere decir que no triunfe el comunismo en España si el comunismo triunfa sobre el mundo occidental en ruinas.

¡Pero si triunfa, ¡prepárese España a la vieja lección del Guadalete!

Porque el comunismo en España son otra vez los moros, la vuelta de los auténticos moros a España.»

Y más adelante:

«¡Volverían los asiáticos sobre el oeste de Europa, sobre la península Balcánica! ¡Volverían los berberiscos y los negros sobre el oeste de Europa, sobre la península Ibérica! Aliados, claro está, con los otros aliados indígenas, con los llamados bárbaros verticales.»

Substitúyase exactamente la palabra y el contenido de la palabra comunismo por fascismo y tendremos hecho un exacto análisis del momento actual.

Y si es así con el comunismo, veremos que no es menos profética con la democracia:

«Porque Ginebra—dice Giménez Caballero en un extraordinario e inefable cubileteo histórico-ideológico—, el bloqueo continental y democrata de Ginebra, quiere y necesita una España rota para siempre. Dividida, cercenada, perdida, sílfica en sus ideales patrios.

Necesita una península descoyuntada para repartirse sus entrañas a zarpazos.»

También aquí basta substituir la palabra Ginebra y todo lo que es estilo, todo lo que es literatura cesárea en torno a esta palabra por fascismo, y la situación actual, la terrible situación actual de moros, zarpazos, España descoyuntada, dividida, sílfica, quedará suficientemente explicada.

He aquí la magnífica enseñanza de un libro fascista.

Thomas Mann acusa

«Bonn. Dic. 19. 1936.—Al señor Thomas Mann, escritor: A solicitud del Rector de la Universidad de Bonn debo informar a usted que, como consecuencia de la pérdida de su ciudadanía, la Facultad de Filosofía se ve obligada a borrar su nombre de la lista de doctores honorarios. Su derecho a hacer uso de este título queda pues cancelado de acuerdo con el artículo VIII del reglamento referente a la otorgación de títulos.

»El Decano (firma ilegible). La Facultad de Filosofía de la Universidad Frederick-William sobre el Rhin.»

AL DECANO DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA DE LA UNIVERSIDAD DE BONN

He recibido la melancólica comunicación que me ha dirigido usted con fecha 19 de Diciembre. Me permito contestar a ella como sigue:

Las universidades alemanas comparten una seria responsabilidad en todas las presentes desgracias que ellas mismas se buscaron cuando trágicamente equivocaron su histórica hora y permitieron que el suelo alimentara las fuerzas crueles que han devastado a Alemania moral, política y económicamente. Esta responsabilidad de dichas universidades destruyó hace tiempo el placer que podría proporcionarme mi honor académico y me impidió hacer absolutamente uso alguno de él. Además, tengo hoy un grado honorario de Doctor en Filosofía y Letras que me ha sido conferido más recientemente por la Universidad de Harvard. No puedo menos de explicar a Ud. los motivos por los cuales me ha sido conferido ese título. Mi diploma contiene una sentencia que, traducida al latín, dice: «...nosotros, el Presidente y Miembros de la Junta Administrativa, con la aprobación de los honorables Superintendentes de la Universidad, en sesión solemne hemos designado y nom-

brado Doctor Honorario en Filosofía y Letras a Thomas Mann, famoso escritor, quien ha interpretado la vida para muchos de nuestros conciudadanos y que con sólo unos pocos contemporáneos sostiene la alta dignidad de la cultura alemana; y le hemos otorgado todos los derechos y privilegios que corresponden a este grado.»

En tales términos, tan curiosamente contradictorios al punto de vista alemán del momento, los hombres libres y cultos del otro lado del océano piensan de mí y puedo añadir que no es solamente allí. Jamás se me hubiera ocurrido hacer alarde de las palabras que acabo de citar; pero aquí y hoy puedo, mejor dicho, debo repetir las. Si usted, señor Decano (no sé nada del procedimiento que se ha seguido para el caso), ha fijado una copia de la carta que me dirigiera a mí en la tablilla de fijar noticias de esa universidad, me complacería que esta respuesta mía recibiera el mismo honor. Quizá algún miembro de la universidad, algún estudiante o catedrático, pueda ser visitado por un temor repentino, un presentimiento aterrador y prontamente dominado, al leer un documento que le da en su ígnotamente forzado aislamiento e ignorancia un resplandor fugaz y revelador de la inteligencia que existe todavía fuera de su país.

Aquí yo podía terminar. Y sin embargo ciertas explicaciones más me parecen convenientes o por lo menos permisibles en estos momentos. Nada dije cuando se anunció que yo había perdido mis derechos civiles, a pesar de qué más de una vez se me pidió que lo hiciera. Pero estimo que el desposeimiento académico es una ocasión apropiada para hacer una breve declaración personal. Le ruego a usted, señor Decano (no tengo siquiera el honor de saber su nombre) que se considere como simplemente el receptor de una comunicación que no ha sido concebida para usted personalmente.

He pasado cuatro años en un destierro que sería eufemístico llamarlo voluntario, pues si yo hubiera permanecido en Alemania o hubiera regresado allá, probablemente no estaría vivo hoy. Durante estos cuatro años el craso error cometido por la fortuna cuando me colocó en esta situación no ha dejado nunca de atormentarme. Yo nunca hubiera soñado, jamás se me hubiera profetizado en mi cuna, que yo iba a pasar los últimos años como un emigrado, expropiado, proscrito, y condenado a inevitable protesta política. Desde el comienzo de mi vida intelectual yo me había sentido completamente afín con el temperamento de mi nación y muy en mi elemento dentro de sus tradiciones intelectuales. Soy más apropiado para representar estas tradiciones que para ser mártir de ellas; más apto para añadir un poco de alegría al mundo que para alimentar conflictos y odios contra él. Algo muy inicuo tiene que haber ocurrido para hacer que mi vida tomara una dirección tan falsa y tan contraria a mi naturaleza. Yo traté de

parar esa iniquidad en lo que estuvo dentro de mis débiles fuerzas—y al tratar de hacerlo me atraje sobre mí mismo el destino que ahora tengo que aprender a reconciliar con una naturaleza esencialmente extraña a él.

Ciertamente que desaté la cólera de estos déspotas permaneciendo fuera del país y dando evidencia de mi irrepresible disgusto. Pero no ha sido simplemente durante los últimos cuatro años que lo he hecho. Yo me sentía así desde mucho antes, y fui llevado a ello porque veía—antes que mis ahora desesperados conciudadanos—quién y qué iba a emerger de todo esto. Pero cuando Alemania por fin cayó de hecho en esas manos mi intención fué mantenerme callado. Creí que el sacrificio que había hecho me había ganado el derecho de silencio; que éste me permitiría conservar algo muy querido para mí—el contacto con mi público de Alemania. Mis libros, me decía yo, son escritos para los alemanes, para ellos antes que para nadie; el mundo de afuera y su simpatía han sido siempre para mí tan sólo un accidente feliz. Ellos son—estos libros míos—el resultado de un vínculo mutuamente nutrido entre la nación y el autor, y dependen de circunstancias que yo mismo he contribuído a crear en Alemania. Vínculos como éstos son delicados y de gran importancia; no debían ser rudamente rotos por la política. Aunque pudiera haber gentes impacientes en mi país natal que, por haber sido ellos antes amordazados, tuvieran a mal el silencio de un hombre libre, yo podía todavía esperar que la gran mayoría de los alemanes comprendieran mi reserva, que quizás hasta me la agradecerían.

Estas eran mis suposiciones y mis propósitos. No pude llevarlos a cabo. No podía haber vivido y trabajado, me hubiera sofocado, si no hubiera podido de vez en cuando purgar mi corazón, desahogar de vez en cuando mi inmenso disgusto por lo que estaba ocurriendo en mi país—las despreciables palabras y los todavía más despreciables hechos. Con justicia o sin ella, mi nombre había sido una vez y para siempre relacionado para el mundo con el concepto de una Alemania que el mundo amaba y admiraba. Un reto inquietante sonaba en mis oídos; que yo y nadie más debía en términos claros contradecir la repugnante falsificación que este concepto de Alemania estaba sufriendo ahora. Ese reto perturbaba todas las ideas creadoras que fluían libremente en mi cerebro y a las que yo de tan buen gusto hubiera cedido. Era un reto difícil de resistir para aquél a quien le había estado permitido expresarse y desahogarse por medio del lenguaje, a quien la experiencia había sido siempre una con la purificante y eterna Palabra.

El misterio de la Palabra es grande; la responsabilidad por ella y por su pureza es de carácter simbólico y espiritual; tiene no solamente significado artístico sino también un significado general ético; es la responsabilidad misma, la responsabilidad

humana simplemente, también la responsabilidad por el pueblo de uno, el deber de preservar pura su imagen ante la humanidad. En la Palabra está involucrada la unidad de la humanidad, la integridad del problema humano, que no le permite a nadie, hoy menos que nunca, separar lo intelectual y artístico de lo político y social, y aislarse dentro de la torre de marfil de lo «cultural» propio. Esta verdadera totalidad forma una ecuación con la humanidad misma, y una persona—sea quien fuere—está haciendo un ataque criminal contra la humanidad cuando pretende «totalizar» un segmento de la vida humana, —por lo cual yo quiero decir la política, el Estado.

Un autor alemán acostumbrado a esta responsabilidad de la Palabra—un alemán cuyo patriotismo, quizá cándidamente, se expresa en la creencia en el infinito significado moral de lo que pase en Alemania—¿debe permanecer callado, enteramente callado frente al mal inexpiable que se está haciendo diariamente en su país a los cuerpos, a las almas y a las mentes, al bien y a la verdad, a los hombres y a la humanidad? ¿Y debe permanecer callado frente al terrible daño al continente entero que representa este régimen destructor del alma, que está en profunda ignorancia de la hora que ha sonado hoy en el mundo? No era posible para mí permanecer callado, y por tanto, contrariamente a mis intenciones, vinieron las declaraciones, los gestos inevitablemente comprometedores que han resultado ahora en lo deplorable y absurdo de mi excomunión nacional. El simple conocimiento de quienes son estos hombres que resultan poseedores del despreciable poder—aparente de privarme a mí de mi derecho de nacimiento alemán, es suficiente para que el acto aparezca en toda su absurdidad. ¡Suponer que he deshonrado yo al Reich, a Alemania, por confesar que estoy contra ellos! ¡Tienen la increíble osadía de confundirse ellos con Alemania! Cuando, después de todo, quizás el momento no esté lejano en que sea de suprema importancia para el pueblo alemán no confundirse con ellos.

¡A qué situación, en menos de cuatro años, han traído a Alemania! Arruinada, consumida y secada de cuerpo y alma por los armamentos con los que amenazan al mundo entero, asaltando al mundo entero y poniéndole obstáculos en su empeño de paz, amada de nadie, mirada con temor y con fría aversión por todos, está al borde del desastre económico, mientras sus «enemigos» extienden sus manos en alarma para salvar del abismo a miembro tan importante de la futura familia de naciones, para ayudarla, con tal de que recobre sus sentidos y que trate de entender las verdaderas necesidades del mundo en esta hora, en vez de soñar sueños místicos de «necesidades sagradas». Sí, después de todo, tienen que ayudarla aquellos mismos a quienes ella obstaculiza y amenaza, para que no arrastre con ella el resto del continente y desate la guerra en la cual como ultima ratio tiene constantemente fijos sus ojos.

Los estados maduros y cultos—quiero decir aquéllos que entienden el hecho fundamental de que la guerra no es ya permisible—tratan a este país amenazado y amenazante, o más bien a los imposibles líderes en cuyas manos han caído, como tratan los doctores a un hombre enfermo—con el mayor tacto y cuidado, con inagotable por no decir condescendiente paciencia. Pero él cree que debe jugar a la política—la política del poder y la hegemonía—con los doctores. Ese es un juego desigual. Si un lado juega a la política cuando el otro no piensa ya en política sino en la paz, entonces por un tiempo el primer lado obtiene ciertas ventajas. La ignorancia anacrónica del hecho que la guerra no es ya permisible resulta por un tiempo naturalmente en «éxitos» contra los que reconocen la verdad. Pero desgraciado el pueblo que, no sabiendo qué camino tomar, lo encuentra por fin a través de la abominación que significa la guerra, odiado de Dios y de los hombres! Tal pueblo está perdido. Será vencido hasta el punto de que nunca podrá levantarse de nuevo.

El sentido y el propósito del estado Nacional Socialista es sólo éste y sólo puede ser éste: preparar al pueblo alemán para la «próxima guerra» por medio de crueles represiones, eliminación, extirpación de toda agitación y oposición; hacer de él un instrumento de guerra, infinitamente dócil, sin el más mínimo pensamiento de crítica, guiado por una ciega y fanática ignorancia. Tal sistema no puede tener ningún otro sentido ni propósito, ninguna otra excusa; todos los sacrificios de libertad, justicia, felicidad humana, inclusive los crímenes secretos y los manifestos por los cuales ha sido gozosamente responsable pueden justificarse solamente por el fin—absoluta preparación para la guerra.—Si la idea de la guerra como un objetivo en sí misma desapareciera, el sistema no significaría nada sino la explotación del pueblo; sería absolutamente sin sentido y superfluo.

A decir la verdad, es ambas cosas, sin sentido y superfluo, no sólo porque no se le permitirá la guerra sino también porque su objetivo principal, absoluta preparación para la guerra, va a resultarle en algo enteramente opuesto a lo que se propone. No hay otro pueblo hoy en la tierra tan absolutamente incapaz de ir a la guerra, tan poco preparado para sobrellevarla. El que Alemania no tenga aliados, ni uno solo en el mundo, es la primera consideración pero la de menos. Alemania quedaría desamparada—algo terrible naturalmente aún en su aislamiento—pero lo verdaderamente espantoso sería el hecho de que se habría desamparado ella misma. Intelectualmente reducida y humillada, moralmente desentrañada, internamente desmembrada por la profunda desconfianza en sus líderes y el daño que le han hecho durante estos años, profundamente intranquila ella misma, ignorante desde luego del futuro pero llena de malos presentimientos, iría a la guerra no en las condi-

ciones en que fué en 1914 sino, aún físicamente, en las de 1917 o 1918. El 10 por ciento de los beneficiarios directos del sistema —la mitad de ellos ya caídos—no sería suficiente para ganar una guerra en la cual la mayoría del resto de su población vería solamente la oportunidad de sacudir la vergonzosa opresión que ha pasado sobre ellos por tanto tiempo—una guerra, esto es, que después de la primera inevitable derrota se transformaría en una guerra civil.

No, esta guerra es imposible; Alemania no puede hacerla; y si sus dictadores no están locos, entonces al asegurar que quieren la paz nos están mintiendo técnicamente a la vez que guiñan el ojo a sus partidarios; tales aseveraciones provienen de que pusilánimemente se dan cuenta de esta misma imposibilidad. Pero si la guerra no puede ser y no será—entonces ¿por qué estos ladrones y asesinos? ¿Por qué el aislamiento, la hostilidad hacia el mundo, el desorden, el interdicto intelectual, la oscuridad intelectual, y todos los males? ¿Por qué no en vez de esto, el retorno voluntario de Alemania al sistema europeo, su reconciliación con Europa, con todo el acompañamiento esencial de la libertad, de la justicia, el bienestar, y la decencia humana, y una jubilante bienvenida del resto del mundo? ¿Por qué no? Solamente porque un régimen que en palabra y en hechos niega los derechos del hombre, que quiere sobre todo quedarse en el poder, se embrutecería y sería abolido si, puesto que no puede hacer la guerra, haría en realidad la paz! Pero ¿es ésa una razón?

Me había olvidado, señor Decano, que todavía me estaba dirigiendo a usted. Puedo seguramente consolarme con la reflexión que hace tiempo usted ha de haber dejado de leer esta carta, horrorizado por un lenguaje que hace tiempo dejé de hablarse en Alemania, aterrorizado porque alguien se atreva a emplear la lengua alemana con la libertad de antaño. No he hablado por arrogante presunción sino por una ansiedad y un dolor de que esos usurpadores no me privaron al decretar que yo no era ya alemán—un dolor mental y espiritual del que mi vida no ha estado libre ni una hora durante cuatro años, y luchando con el cual he tenido que hacer día tras día mi trabajo creador. La presión ha sido grande. Y como un hombre que por indiferencia en materias religiosas rara vez deja que se le escape de la lengua o de la pluma el nombre de la Deidad, pero a pesar de ello no puede en momentos de honda emoción reprimirse, permítame—ya que después de todo uno no puede decirlo todo—cerrar esta carta con la breve y ferviente plegaria: que Dios ayude a nuestra denigrada y profanada patria y la enseñe a hacer la paz con el mundo y con ella misma.

THOMAS MANN.

Kusnacht, Zurich, Día de Año Nuevo, 1937.

Noticias

CONCURSO PARA UN HIMNO AL ARBOL

La Sociedad Amigos del Arbol, con sede en Santiago, institución que tiene por objeto la defensa de los árboles y la reforestación de Chile, llama a concurso para un HIMNO AL ARBOL.

Damos a continuación las bases del torneo poético, que dado el noble motivo que lo inspira, ha de atraer de seguro a todos los poetas nacionales:

Llámanse a concurso a los poetas chilenos para la composición de un HIMNO AL ARBOL.

El himno debe tener un coro de cuatro versos decasílabos y tres o cuatro estrofas de versos de igual metro.

Los originales deben:

- A) Estar escritos a máquina.
- B) Firmados con seudónimo.
- C) En sobre adjunto y cerrado el nombre del autor.

El premio es de cuatrocientos pesos.

Se cierra el concurso el 30 de Junio de 1937.

Los interesados deben dirigirse a la casilla 4109 de Santiago.

El jurado que dictaminará está compuesto por los señores Carlos Acuña, Roberto Meza Fuentes, Norberto Pinilla, Carlos Silva Figueroa y Francisco de Borja Echeverría.

CONCURSO DE LA EDITORIAL ERCILLA

En el concurso de biografías noveladas de la Editorial Ercilla, el jurado, compuesto por miembros del Directorio de la Sech, otorgó el premio a la obra BALMACEDA, firmada por Segundo Sombra, seudónimo que corresponde al escritor Luis E. Délano.



Primer Congreso de Escritores de Chile

3 de Marzo, 1°, 2, 3 y 4 de Abril de 1937

DIRECTORIO DE LA SEGH:

Manuel Rojas, Presidente.
Alberto Romero, Vice-Presidente.
Jerónimo Lagos Lisboa, Tesorero.
Sady Zañartu, Secretario.
Ernesto Montenegro, Director.
Ciro Alegría, Director.
Fernando Santiván, Director.
Diego Muñoz, Director.
Januario Espinoza, Director.
Julio Barrenechea, Director.

COMISION ORGANIZADORA DEL CONGRESO

Manuel Rojas.
Alberto Romero.
Sady Zañartu.

MESA DIRECTIVA

Manuel Rojas, Presidente.
Ernesto Montenegro, Vice-Presidente.
Joaquín Edwards, Vice-Presidente.
Alberto Romero, Secretario.
Julio Salcedo, Secretario,
Oscar Alvarez A., Asesor Técnico.

TEMAS TRATADOS

- 1.º Papel social del escritor.
 - 2.º Relaciones del escritor con el Estado.
 - 3.º El escritor y sus relaciones internacionales: política, social, gremial, espiritual, literaria.
 - 4.º Los derechos del escritor en sus aspectos legal y económico.
 - 5.º Asuntos varios.
- Proyecto de Estatutos del Sindicato Profesional de Escritores de Chile.

SUBCOMISIONES

Tema 1.º—Enrique Espinoza, Luis Enrique Délano, José García Tello, Carlos Sepúlveda Leyton. Informante: CARLOS SEPULVEDA LEYTON.

Tema 2.º—Luis Alberto Sánchez, Marta Vergara, González Vera. Informante: LUIS ALBERTO SANCHEZ.

Tema 3.º—Francisco Walker Linares, Pedro Plonka, Carlos del Mudo. Informante: PEDRO PLONKA.

Tema 4.º—Oscar Alvarez A., Tomás Lago, Diego Muñoz. Informante: TOMAS LAGO.

Tema 5.º—Alberto Romero, Gerardo Seguel, Roberto Aldunate. Informante: GERARDO SEGUEL.

La Subcomisión que estudió el proyecto de estatutos estaba formada por Julio Salcedo, Diego Muñoz, Tomás Lago, Oscar Alvarez A. Informante: JULIO SALCEDO.

TRABAJOS PRESENTADOS AL TEMA 1.º

«Escritor y Sociedad: El héroe como objeto del estilo», por Pablo de Rokha.

«De las dificultades del escritor en general, y del escritor chileno en particular», por Benjamín Subercaseaux.

«El equipo social del escritor», por Pepita Turina.

«El escritor y la Sociedad. (De la ubicación social de los intelectuales)», por Eugenio Orrego.

«La actitud de los escritores frente a la libertad de pensamiento, palabra, reunión, prensa y huelga», por José García Tello.

«La función social del escritor en la vida contemporánea», por Oscar Alvarez Andrews.

«Papel social del escritor», por Evanel Urrutia Pastini.

«El escritor y la educación popular», por Norberto Pinilla.

«Misión del escritor», por Lautaro Yankas.

TRABAJO PRESENTADO AL TEMA 2.º

«Una de las formas como el Estado debe ayudar al escritor en Chile a publicar sus obras, como el mejor medio de ayudarlo a vivir decentemente», por Javier Fernández Pesquero.

TRABAJOS PRESENTADOS AL TEMA 4.º

«Los derechos del escritor en su aspecto económico», por Armando Arriaza.

«La función social de los escritores y su incorporación a un estatuto protector», por Virgilio Figueroa.

«Sugerencias a un estudio sobre previsión», por Rosamel del Solar.

«Sobre la lesión enorme y su aspecto legal en la adquisición de derechos de autor», por Diego Muñoz.

«Los derechos de autor», por Tomás Lago.

TRABAJOS PRESENTADOS AL TEMA 5.º

«La hora de la mujer en las letras», por Teresa de Bustamante.

«El escritor de psicología íntegra», por A. C. Mendoza y Villa.

TRABAJOS LEIDOS

De la lista que antecede, sólo fueron leídos en las sesiones dos trabajos: el de Armando Arriaza, «Los derechos del escritor en su aspecto económico», por recomendación de la subcomisión respectiva, y el de Pablo de Rokha, «Escritor y Sociedad: El héroe como objeto del estilo», a solicitud de algunos congresales.

PONENCIA APROBADA EN EL TEMA 1.º

«El Primer Congreso de Escritores de Chile declara: 1.º La literatura como medio de comunicación entre los hombres ha desempeñado en todas las épocas una función social, contribuyendo poderosamente a determinar los grandes movimientos intelectuales, en cuya virtud han actuado y actúan los hombres; 2.º El papel social del escritor en nuestra época es particularmente importante, puesto que, como pocas veces en la historia, la cultura misma se halla amenazada por los regímenes de fuerza que impiden su libre desarrollo y supeditan la obra creadora a los intereses del capitalismo y de la guerra; y 3.º El escritor, además de cumplir con su función creadora, amplia, libre, ilimitada, sin otra visión que la de acrecentar y defender los valores permanentes de la cultura, que sobreviven a todas las escuelas y a todas las épocas, debe cumplir, en todo instante, con el deber social de luchar por el establecimiento de una sociedad en que todos los hombres dispongan del mínimo económico indispensable al mantenimiento de sus vidas, y en que todos los hombres tengan derecho a gozar de las conquistas de la ciencia y de los bienes de la cultura. (Fdo.).—Enrique Espinoza, José García Tello, Carlos Sepúlveda Leyton, Luis Enrique Délano, Eliodoro Domínguez.»

PONENCIAS Y VOTOS APROBADOS EN EL TEMA 2.º

«El Primer Congreso de Escritores de Chile,

»CONSIDERANDO:

»Que el escritor, dentro del Estado, necesita, primordialmente, la garantía de su libertad en el más amplio sentido de la palabra; que el arte de escribir cuando defiende los intereses de la cultura requiere de esa libertad como ambiente indispensable para desarrollarse; que por consiguiente, el escritor debe recibir de parte del Estado garantías amplias a su libertad de expresión y estar protegido para que la expresión libre de sus ideas no signifique coacciones de orden corporal o económico, con las cuales la declaración principista de la libertad de pensamiento quedaría abolida; que el escritor al requerir un régimen estatal que garantice tales libertades, defiende la democracia,

»DECLARA:

»1.º Que el régimen democrático efectivo, sin restricciones de religión ni de raza, es el único dentro del cual puede desenvolverse progresivamente la cultura de Chile; 2.º Que consecuentes con lo anterior, y para evitar erró-

neas interpretaciones, el Congreso declara que esta conclusión suya no encierra ninguna adhesión a partido político alguno; 3.º Que ella entraña el compromiso por parte de los escritores de no usar de la prensa o el libro en la propaganda de determinado principio sin exigir y lograr, al mismo tiempo, que los que estén en desacuerdo puedan opinar y expresarse con idéntica libertad. Si el Gobierno, por intereses de clase, círculo o de circunstancias, se niega a permitir la libre expresión de ciertas ideas, los escritores adversos a éstas adquieren el compromiso de honor de no aprovecharse de las ventajas que otorgue un Gobierno injusto, para desviar la opinión pública, que no se puede equilibrar sino mediante el conocimiento de los criterios antagónicos, libremente expresados.»

«De acuerdo con el voto por el cual el Congreso declara su adhesión al régimen democrático efectivo y con los principios de solidaridad gremial, el Congreso se dirige a los Gobiernos de aquellos países de América en donde la libertad de expresión se halla suprimida o entabada, para pedirles que levanten las trabas que dificultan la libre circulación del pensamiento escrito; para urgirles la libertad de los escritores detenidos sin proceso o por procesos referentes a sus opiniones políticas o sociales; para que se levante el destierro que por idénticos motivos pesa sobre algunos escritores, y para que se respete a las instituciones culturales, a menudo intervenidas por intereses políticos extraños a la cultura.»

«El Primer Congreso de Escritores de Chile considera que bajo el pretexto de una campaña moralizadora, personas absolutamente ajenas a las actividades del pensamiento, cometen verdaderos atentados contra la cultura y sirven a intereses sectarios, como ocurre con las incineraciones de libros llamados «disociadores» y con la persecución contra obras estéticas tildadas de pornográficas.— En consecuencia,

»Acuerda: dirigirse al Gobierno a fin de que con el concurso de un comité de técnicos, formado en su mayoría por miembros nombrados por la Sociedad de Escritores, se establezca, apartando a instituciones parciales y extrañas a la cultura, un criterio que distinga entre la baja pornografía y la licencia estética, estableciendo una legislación ad-hoc, mediante la cual si alguna restricción se establece al comercio de libros de esta índole, sea mirada desde un punto de vista principalmente pedagógico y científico, es decir, teniendo en cuenta al lector niño y adolescente.»

«El Primer Congreso de Escritores de Chile, declara que la clasificación de libros «disociadores» o «incitadores a la revuelta» es una denominación arbitraria reñida con el principio de libertad de pensamiento y que constituye siempre una medida policial contra la cultura. En consecuencia, solicita del Gobierno y requiere la unión de los escritores que tienen medios libres de expresión y difusión, para realizar una campaña a fin de que se suprima toda coacción contra libros de índole social, los cuales no son los que producen alteraciones del llamado «orden», sino la realidad injusta de que tales libros son reflejo.»

«El Primer Congreso de Escritores de Chile acuerda dirigirse al Gobierno para que, como se hace en muchos países cultos, contemple en su presu-

puesto un premio nacional anual de Novela, Historia, Teatro, Ensayo, Poesía, en cuyo jurado discernidor tengan los escritores auténtica representación mayoritaria.

»Al mismo tiempo, reclama del Gobierno la prosecución de la Biblioteca de Autores chilenos, en forma permanente y periódica, dotándola al efecto de una partida presupuestal fija y ampliándola a los escritores actuales.»

«El Primer Congreso de Escritores de Chile, considerando que uno de los principales vehículos de cultura lo constituye el libro, que la edición de libros en Chile debe significar un estímulo evidente para la producción literaria chilena; que la difusión del libro chileno debe ligarse con el problema de la mejor retribución del escritor en general, acuerda:

»1.º Obtener del Gobierno que dicte las disposiciones convenientes a fin de que toda editorial establecida en Chile dedique (aparte de las impresiones por cuenta de los autores) un porcentaje de su producción anual a libros de autores chilenos, o residentes en Chile;

»2.º Realizar las gestiones convenientes para, en unión de las instituciones o reparticiones respectivas, obtener del Gobierno la liberación de las trabas para la exportación del libro editado o impreso en Chile, y la misma liberación para el libro extranjero, en reciprocidad de condiciones con el país respectivo;

»3.º Obtener del Gobierno la reforma de la actual Ley de Propiedad Intelectual, de manera que se restrinja rápidamente hasta llegar a su total abolición la edición de libros nacionales o extranjeros sin pagar los correspondientes derechos de autor, negándose el amparo de la ley a los libros que no cumplan con este requisito elemental de ética profesional;

»4.º Exigir que la retribución al autor nacional o residente en Chile sea igual a la del autor extranjero;

»5.º Obtener del Gobierno que nombre una comisión compuesta de escritores, que se encargue, con fondos dados por el Gobierno, de adquirir un número de ejemplares suficiente de cada libro recomendado por la Sociedad de Escritores o por el S. P. de E. para distribuirlo en las bibliotecas nacionales del exterior, en los consulados, universidades y en las bibliotecas municipales del país.»

«El Primer Congreso de Escritores de Chile, reafirmando las conclusiones del Primer Congreso Hispanoamericano de la Prensa, reunido en Valparaíso, acuerda:

»1.º Obtener del Estado que la Ley de Propiedad Intelectual establezca la obligación para las empresas periodísticas de pagar las colaboraciones que permanentemente insertan y dedicar un porcentaje de ellas a la colaboración de escritores chilenos o residentes en Chile;

»2.º Que los colaboradores permanentes de los periódicos, adquieran, después de un tiempo que la ley determine, derechos análogos a los empleados, no pudiendo ser canceladas sus colaboraciones sin llenar los requisitos del desahucio que rige para los empleados particulares.»

«El Primer Congreso de Escritores de Chile declara que todo escritor que ejercite funciones de censor oficial de libros o periódicos, por razones político-sociales, persiguiendo las ideas, deja de pertenecer al gremio.»

«Al saber que el insigne americanista don Joaquín García Monje, editor de «Repertorio Americano» de Costa Rica, honra del pensamiento americano, ha sido sometido a proceso por el Gobierno de su país, a causa de haber acogido en su revista un artículo titulado «España, Abisinia blanca», en el que protesta contra la invasión de España por ejércitos extranjeros; teniendo en cuenta que Joaquín García Monje es uno de los orgullos del continente y que la causal de su proceso no está de acuerdo con los principios de libertad de opinión que el Congreso sustenta, acuerda dirigirse al Gobierno de Costa Rica, haciéndole presente la dolorosa impresión que dicho proceso causa en la conciencia americana y que el Primer Congreso de Escritores de Chile espera que se suspenda todo procedimiento contra Joaquín García Monje y que se respete la libertad de expresión material e intelectual del gran maestro costarricense.—LUIS ALBERTO SANCHEZ.—MARTA VERGARA.»

Como ampliación de la última ponencia, se aprobaron dos notas relacionadas con el mismo asunto y firmadas por la Federación de Estudiantes de Chile, una, y la otra por la Federación Ibero Americana de Estudiantes.

PONENCIAS APROBADAS EN EL TEMA 3.º

«CONSIDERANDO:

»Que desde hace algún tiempo se está exaltando en Europa un nacionalismo agresivo que pone en peligro la paz del mundo, y que esta forma de nacionalismo belicoso comienza ya a difundirse por América;

»Que los traficantes de la industria armamentista intentan alarmar a la opinión pública con problemas internacionales ficticios y para crear la desconfianza y las odiosidades se sirven de la prensa, de la pluma y de la cátedra;

»Que corresponde a los escritores la noble misión humanitaria de velar por el acercamiento de los pueblos, repudiando todo aquello que pueda perturbar la buena armonía entre las naciones;

»El Primer Congreso de Escritores de Chile aprueba el siguiente voto:

»1.º El escritor jamás debe poner su pluma al servicio de quienes fomenten el odio a los estados extranjeros, ni debe tampoco propagar doctrinas nacionalistas provocadoras, o mitos racistas peligrosos;

»2.º Está vedado al escritor exaltar sentimientos despectivos para otros pueblos; al contrario, debe siempre inspirarse en un espíritu ampliamente humanitario, y considerar en el hombre a un hermano, cualquiera que sea el lugar en que haya nacido;

»3.º El escritor no buscará sus fuentes de cultura intelectual influenciado por prejuicios nacionales o de raza; liberado de mordazas espirituales, respetará en los tesoros de la cultura el patrimonio común de la humanidad, accesible a todos los hombres, sin distinción de clase social o de nacionalidad.

»4.º El escritor deberá, asimismo, combatir, con las armas de que dispone, contra aquellos gobiernos cuya política internacional sea una amenaza real contra la paz de los pueblos.—PEDRO PLONKA.—Fco. WALKER LINARES.—CARLOS DEL MUDO.»

La ponencia anterior fué ampliada con el siguiente voto:

«Considerando: Que los escritores de Hispanoamérica se deben solidarizar en razón de sus relaciones de origen y de lenguaje, el Congreso acuerda: 1.º Pedir al futuro Sindicato Profesional de Escritores de Chile, nombre una comisión que se encargue de fomentar, por medio de publicaciones, de conferencias, de canje, etc., la amistad y la unión de los escritores de este continente, como asimismo de defender, por los medios de que puedan disponer los escritores, la libertad de aquellos que por razones políticas o sociales, sean detenidos o desterrados, ayudándoles en la medida de sus fuerzas; 2.º Insinuar la necesidad de convocar a un Congreso Internacional de Escritores Hispanoamericanos; y 3.º Recomendar a los miembros del Congreso su incorporación al Pen Club, institución internacional que representa a los escritores de todo el Mundo.»

PONENCIAS APROBADAS EN EL TEMA 4.º

La Subcomisión recomienda en general la dictación de una legislación completa, nueva, sobre los derechos de autor, su aplicación, penalidad y funcionamiento, por cuanto la existente no favorece como debe al escritor.

I.—Particularmente estima la Subcomisión que es necesario incluir en una nueva legislación las siguientes normas editoriales:

a) Puesto que el escritor tiene un derecho absoluto e irrenunciable sobre el espíritu y la integridad de su obra, no podrá el editor alterarla ni en el título ni en su texto;

b) El autor debe tener derecho, en todo momento, a exigir el retiro del mercado de una edición cuando ésta ha sido mal impresa o adolece de defectos que la hagan ilegible;

c) Todo editor debe perder sus derechos adquiridos sobre una obra literaria, por el hecho de no publicarla en un plazo determinado que la ley debe fijar en un año.

d) En la cesión de los derechos de autor debe ser causal de nulidad del contrato editorial el no establecimiento de un número determinado de ejemplares. Asimismo, la ley debe fijar el plazo máximo por el cual se puede vender un original.

II.—Los derechos intelectuales del escritor sobre su obra, respecto a los compiladores, antologistas, traductores, etc., deben contemplar, además de los comunes, los principios siguientes:

a) Toda obra de compilación debe pagar derechos a los diversos autores comprendidos en ella;

b) El S. P. de E. de Chile, en representación de los autores extranjeros, cuyos derechos está en el deber de cautelar y proteger, luchará por conseguir la facultad de retirar de la circulación las obras mal traducidas o maliciosamente adulteradas por los traductores o editores;

III.—El S. P. de E. de Chile velará por los derechos de la sucesión del escritor con respecto a la obra de éste.

IV.—El S. P. de E. de Chile tendrá derecho para suceder en la propiedad intelectual de los autores que fallezcan sin dejar sucesión.

V.—Con respecto a la protección legal del escritor en su aspecto económico o de previsión, la subcomisión estima que es una aspiración general

que los escritores y todos los trabajadores literarios tengan un régimen propio de previsión.

Pero cree asimismo la subcomisión que no hay actualmente base actuarial suficiente para constituir una caja autónoma que vele por los riesgos de enfermedad, vejez, invalidez, cesantía y muerte del escritor.

En cambio piensa la subcomisión que las secciones del Sindicato encargadas de los servicios de mutualidad y cooperativa, pueden desarrollar estas mismas funciones de previsión. Asimismo estima la subcomisión que el S. P. de E. de Chile debería patrocinar la formación de una cooperativa editorial, formada por acciones, encargada de la publicación de obras de los miembros del Sindicato, sin perseguir fines de lucro, sino la divulgación de la literatura aun no comerciable.

VI.—Considerando que es indispensable proteger legal y económicamente el proceso integral de la producción literaria, desde la concepción del libro hasta su expendio en el mercado del país o el extranjero, la subcomisión considera que el Sindicato debe propender al fomento de asociaciones de escritores, de pequeños editores, de dueños de imprenta, de distribuidores y propietarios de librerías.—(Fdo.): OSCAR ALVAREZ A.—TOMAS LAGO.—DIEGO MUÑOZ.

Se aprobó el siguiente proyecto de acuerdo, presentado por Diego Muñoz y complementado por una parte de la moción de Rafael Coronel:

«Considerando: Que el Código Civil chileno adoptó el principio de la «lesión enorme» para proteger el derecho de propiedad sobre los bienes raíces;

»Y que si se tiene por justo este privilegio en favor de la propiedad inmueble es, con mucha mayor razón, aplicable a la propiedad artística y literaria por cuanto proviene ésta, exclusivamente, de la creación del ingenio del hombre;

»El Primer Congreso de Escritores de Chile acuerda:

»Gestionar la adopción del principio de este privilegio en la reforma de la Ley de Propiedad Intelectual, para proteger la obra literaria y artística en los casos de injusto y desmedido provecho de los que con ella comercian.—(Fdo.): DIEGO MUÑOZ.»

«Establecer como un derecho inalienable la propiedad intelectual para el autor durante su vida y a favor de sus herederos en caso de muerte.

»Que en ningún caso el autor podrá ceder la propiedad vitalicia y definitiva de su obra, sino sólo el ejercicio del derecho de propiedad por la edición próxima a efectuarse, la cual no se realizará sino agotada la anterior, a fin de velar por los intereses de las casas editoras.—(Fdo.): RAFAEL CORONEL.»

PONENCIAS, VOTOS, PROYECTOS DE ACUERDO Y MOCIONES

APROBADOS EN EL TEMA 5.º

«a) En nuestro país, prácticamente, no hay crítica. Los encargados de ella están a sueldo de una prensa que limita el pensamiento, y ellos mismos, en su inmensa mayoría, no poseen el método ni los conocimientos culturales indispensables para llevar a cabo esta tarea en forma eficiente.

»b) La crítica no es una parte accesoría de la vida literaria; es la orienta-

dora de la opinión y está llamada a dar a los autores nuevas sugerencias sobre su propia obra.

c) La ausencia de una crítica sería nos ha gratificado con un tremendo desinterés por la cosa literaria: 1.º en el público, que no encuentra un criterio de medida y un juicio de valor, y 2.º en los escritores, que trabajan a ciegas, abandonados a la indiferencia y al desaliento.—(Fdo.): BENJAMIN SUBERCASEAUX.>

«El Primer Congreso de Escritores de Chile acuerda: 1.º Protestar que se utilice la crítica literaria como medio de represalia a la labor profesional; 2.º Solicitar de la prensa de todo el país que las columnas destinadas a la crítica literaria sean entregadas a los escritores de reconocida solvencia literaria, intelectual y moral.—(Fdo.): CARLOS CASSASUS.>

«El Primer Congreso de Escritores de Chile acuerda:

1.º Proclamar la solidaridad gremial ante cualesquiera intromisiones, presiones o amenazas de los representantes extranjeros, destinadas a coartar la libre expresión del pensamiento o a lesionar el derecho de crítica que tiene todo escritor frente a los grandes problemas de orden social, económico, político, artístico, religioso y moral que preocupan a la humanidad.

2.º Pedir a las autoridades que concurren a hacer efectiva la libertad de opinión garantizada por nuestra Carta Fundamental.

3.º Hacer presente a los organismos que correspondan, al Gobierno y particularmente al Ministerio de Educación Pública el peligro que para la dignidad nacional, para nuestra independencia, significa la continua aquiescencia a las peticiones de elementos extranjeros tendientes a impedir la publicación de libros o la exhibición de películas en que se enfocan determinados aspectos de la vida internacional o en que se hace la biografía de algunos personajes de la actualidad mundial. La condescendencia en esta materia conduce a una relajación evidente de la soberanía nacional.

4.º Formar dentro de la Sociedad de Escritores, un Comité permanente de defensa del Escritor a objeto de que cada vez que se encuentre amagada la libertad de opinión, por elementos extraños a nuestro gremio, se adopten las medidas del caso y se desvirtúe la presión ejercida por esos elementos.

5.º Hacer campaña dentro de los círculos periodísticos para formar una conciencia gremial que, ante cualesquiera injusticias, amenazas u ofensas inferidas a un escritor chileno por elementos extranjeros provoque una reacción inmediata de defensa y ahogue toda acción destinada a crear un imperialismo espiritual.—(Fdo.): ALBERTO ROMERO y ROBERTO ALDUNATE.>

«El Primer Congreso de Escritores de Chile al saber que la vida y no sólo la libertad de Víctor Raúl Haya de la Torre, se halla seriamente amenazada en el Perú; que Haya de la Torre constituye uno de los más eminentes valores del Continente; que con él, se encuentran amenazados de prisión y muerte, o encarcelados, escritores como Alcides Spelucín, Antenor Orrego, Serafín del Mar, Magda Portal, Juan Seoane, Nazario Cháves Aliaga y otros muchos, acuerda: 1.º Dirigir una comunicación al Gobierno del Perú haciéndole presente el sentir del Primer Congreso de Escritores de Chile para que la libertad y la vida de Haya de la Torre y de los escritores de oposición sea respetada;

y, 2.º Invitar a Haya de la Torre a venir a Chile, en donde la Sociedad de Escritores le brinda una tribuna y un hogar.—(Fdo.): ALBERTO ROMERO, GERARDO SEGUEL, LUIS ALBERTO SANCHEZ, MANUEL SEOANE.>

«Teniendo presente: 1.º Que los escritores, en su calidad de ciudadanos de un país libre, están obligados a manifestar su adhesión a los principios superiores de democracia y libertad; 2.º Que el pueblo español, con heroísmo que recuerda las gestas más grandes de la raza común, está defendiendo sus libertades nacionales personificadas en el mantenimiento del gobierno legítimo emanado de los comicios electorales de 1936; 3.º Que es un deber primordial de todo hombre libre, expresar su adhesión aún cuando sólo fuese platónica, a los hombres que sustentan principios democráticos y mueren por ellos: El Primer Congreso de Escritores de Chile resuelve manifestar su profunda solidaridad con el pueblo español y su adhesión cordialísima a los miembros del Gobierno constitucional encabezado por el Presidente Azaña, por intermedio de la Alianza de Intelectuales Antifascistas de España.—(Fdo.): EUGENIO ORREGO, ALBERTO ROMERO, LUIS ALBERTO SANCHEZ y GERARDO SEGUEL.>

«El Primer Congreso de Escritores de Chile saluda con respetuosa emoción la obra y la vida del gran poeta nacional de España, Federico García Lorca, y rinde máximo homenaje a su memoria.—(Fdo.): EUGENIO ORREGO, ALBERTO ROMERO, LUIS ALBERTO SANCHEZ y GERARDO SEGUEL.>

«Considerando: Que el pueblo de Cuba es uno de los que en Hispanoamérica sufre con mayor rigor las vejaciones que el imperialismo yanqui efectúa a través del régimen político que hoy impera en Cuba; que los escritores y estudiantes cubanos son los que sufren en este momento, con mayor saña, esa persecución; que entre los escritores cubanos desterrados en México se encuentra una de las conciencias más puras y vigilantes de este continente, el maestro Juan Marinello, el Primer Congreso de Escritores de Chile acuerda: Manifestar su adhesión fraternal a los escritores y estudiantes cubanos que combaten por la liberación de esa república y expresar al mismo tiempo su disconformidad con el régimen que impera en ese país.—(Fdo.): JORGE TELLEZ.—ROBERTO ALVARADO FUENTES.>

«El Primer Congreso de Escritores de Chile, considerando: 1.º Que el pueblo de Puerto Rico lucha infructuosamente desde hace años por lograr su independencia, y ha sufrido y sufre vejámenes de los Delegados que el Gobierno de Estados Unidos mantiene en él, los que encarcelan a los dirigentes de su movimiento de liberación, y censuran la prensa y el libro; y, 2.º Que esta conducta de la poderosa nación de Norte América está reñida con las pomposas declaraciones democráticas hechas por el Presidente Roosevelt en el reciente Congreso de Paz de Buenos Aires, acuerda: Protestar de esa actitud imperialista y dirigir una nota al Excmo. Embajador de los Estados Unidos ante la Moneda, para que haga llegar a su gobierno este acuerdo del Primer Congreso de los Escritores de Chile.—(Fdo.): CARLOS PRENDEZ SALDIAS.>

«El Primer Congreso de Escritores de Chile resuelve:

1.º Solicitar del Presidente de Estados Unidos: a) El inmediato e incondicional excarcelamiento de los colegas Pedro Albizu Campos, Juan Antonio Corretjer, Clemente Soto Vélez y demás compañeros, convictos por los tribunales de la intervención de conspirar para derrocar el gobierno de Estados Unidos en Puerto Rico; b) La extinción de todos los procesos originados por el empeño libertador puertorriqueño;

2.º Reclamar de dicho Presidente la inmediata y absoluta evacuación de Puerto Rico sin imposiciones de gravámenes internacionales a esta nación a favor de ningún país extranjero; y

3.º Dirigirse, a la mayor brevedad posible, a todos los gobiernos, sociedades de escritores, radiodifusoras y a la prensa de los pueblos hispanoamericanos, solicitando su colaboración decidida para una enérgica campaña por la inmediata y absoluta independencia de Puerto Rico, paso imprescindible para el restablecimiento de la paz en este hemisferio.—(Fdo.): JUAN JUARBE Y JUARBE.»

«El Primer Congreso de Escritores de Chile acuerda un voto de adhesión a los intelectuales argentinos, profesor Gregorio Bergman y escritor Elías Castelnuovo, solicitando del gobierno argentino se dejen sin efecto las medidas adoptadas contra el primero, privado de su cátedra, y el segundo, sujeto a un proceso de cancelación de su ciudadanía.—(Fdo.): JOSE GARCIA TELLO, LUIS ALBERTO SANCHEZ.»

«El Primer Congreso de Escritores de Chile reconoce en la organización sindical de los maestros chilenos, una labor cultural unitaria, independiente y altiva, colocándose de parte de ellos en sus persecuciones y destierros; solicitando al mismo tiempo la reincorporación de los maestros exonerados por causas ajenas al desempeño de su ministerio.—(Fdo.): JOSE GARCIA TELLO, CARLOS SEPULVEDA LEYTON, JULIO SALCEDO.»

«El Primer Congreso de Escritores de Chile expresa su solidaridad a Joaquín Edwards Bello en vista del injustificado ataque que ha sufrido por una colectividad extraña totalmente a la cultura.»

«El Primer Congreso de Escritores de Chile insinúa al Congreso Nacional la conveniencia de legislar—como se ha hecho en la República Argentina—para poner los correos y telégrafos al servicio de la difusión gratuita del libro chileno.—(Fdo.): JULIO SALCEDO.»

«La mesa directiva del Primer Congreso de Escritores de Chile acuerda iniciar la formación inmediata de la Biblioteca del Sindicato con las obras publicadas hasta hoy por los miembros de este Congreso.—(Fdo.): G. LOYOLA ACUÑA.»

«El Primer Congreso de Escritores de Chile acuerda, por unanimidad, que ninguno de sus miembros deberá aceptar el Premio Roma, cedido anualmente por la Embajada de Italia en Chile, como tampoco aceptar formar parte del jurado discernidor de dicho premio, so pena de expulsión del gremio.—(Moción verbal de Carlos Casassús).»

VOTOS, MOCIONES Y PROYECTOS DE ACUERDO DISPERSOS

«El Primer Congreso de Escritores de Chile, acuerda: 1.º Los escritores, reunidos en Congreso, resuelven constituirse en Sindicato; 2.º Nombrar una comisión compuesta por los autores del Proyecto de Estatutos y dos técnicos que se designen, para que dictaminen sobre ese proyecto y sometan a la discusión de la asamblea los puntos doctrinarios.»

Esta comisión quedó compuesta por Oscar Alvarez A., Julio Salcedo, Diego Muñoz y Tomás Lago.

«Teniendo presente: 1.º Los antiguos y valiosos servicios prestados a las letras chilenas y a la educación nacional por el poeta, ex-vicecator de la Universidad de Chile, don Samuel A. Lillo; 2.º Los servicios de carácter social y gremial prestados desde las columnas de la prensa, a los hombres de letras, en defensa de sus intereses morales y económicos, por Augusto D'Halmar, y la calidad de su obra artística; y 3.º El prestigio que ha dado a nuestras letras en el extranjero la obra poética de Gabriela Mistral y Pablo Neruda, el Congreso de Escritores de Chile designa el siguiente «Presidium de Honor»: Gabriela Mistral, Samuel A. Lillo, Augusto D'Halmar, Pablo Neruda.—(Fdo.): EUGENIO ORREGO.»

«El Primer Congreso de Escritores de Chile acuerda entregar a la Sociedad de Escritores la tramitación legal del futuro Sindicato Profesional de Escritores de Chile, asesorada por el abogado don Oscar Alvarez A.»

«El Primer Congreso de Escritores de Chile declara su anhelo de que la crítica en Chile sea ejercida con absoluta independencia, no sólo de intereses, sino de prejuicios, declaración indispensable puesto que la crítica oficial de los diarios chilenos se ha pronunciado, con innegable prejuicio, contra el Congreso de Escritores, sin esperar sus resoluciones y sólo guiada por un criterio injustificable, reñido con la verdadera crítica.—(Fdo.): LUIS ALBERTO SANCHEZ.»

«A nombre de la mesa directiva, el presidente de este Congreso solicita de la asamblea se ponga de pie durante un instante en honor de los escritores que en este instante, y en todas las partes del mundo, sufren prisión, persecución o destierro por motivos político-sociales.»

«El Primer Congreso de Escritores de Chile acuerda propiciar la celebración de un Congreso de Escritores Hispanoamericanos, cuyas células primarias sean la Sociedad Argentina de Escritores y la SECH.»

«El Primer Congreso de Escritores de Chile acuerda designar a la mesa directiva en comisión que se encargue de llevar a la práctica, en cuanto pueda, las resoluciones del Congreso.»

«El Primer Congreso de Escritores de Chile espera y confía que los escritores que forman parte del Congreso Nacional promuevan y defiendan las leyes necesarias para materializar los acuerdos del Congreso.»

Se concedieron votos de aplauso para el Directorio de la Unión Comercial, que tan amablemente cedió su salón de actos para las sesiones de trabajo del Congreso; para el señor Rector de la Universidad, que ofreció el Salón de Honor de la Universidad de Chile para la sesión inaugural, y para la mesa directiva del Congreso.

EDITORIAL CULTURA

continúa publicando lo mejor del pensamiento contemporáneo en su famosa

COLECCION "HOMBRES E IDEAS"

Vea Ud. los últimos títulos publicados:

- LA VIDA SEXUAL CONTEMPORANEA**, por Ivan Bloch (Especialista en enfermedades sexuales en Berlín). Obra monumental y lo más completo que se ha escrito sobre la materia. Dos gruesos tomos. Precio de la obra completa..... \$ 25.00
- INTRODUCCION A LA PSICOLOGIA DE LA VIDA SEXUAL**, por Erwin Wexberg. Discípulo aventajado de Alfred Adler, el autor de este libro somete nuestra vida sexual a un cerudo análisis psicológico y un hondo sentimiento de responsabilidad social anima a éste destacado psiquiatra vienés para llevar a feliz término tan ardua empresa..... 6.00
- DEL SENTIMIENTO TRAGICO DE LA VIDA**, por Miguel de Unamuno. Lo mejor del pensamiento filosófico del gran Rector de Salamanca, en este su mejor libro..... 8.00
- CONOCIMIENTO DEL HOMBRE**, por Alfred Adler. Un análisis de la personalidad humana del gran maestro, y un estudio completo del alma humana. Un libro que todos los padres y maestros deben conocer..... 7.00

Estos libros están en venta en todas las librerías y en la

LIBRERIA CULTURA

1165 HUERFANOS 1165

CASILLA 4130

SANTIAGO

Librería y Editorial "Nascimento"

AHUMADA 125 - CASILLA 2298 - TELEFONO 83759

Algunas de las obras premiadas por distintas Instituciones Nacionales e Internacionales, editadas por "Nascimento".

- PARALELO 53 SUR, la gran novela de Juan Marín, premiada con el premio 1936, por la Municipalidad de Santiago. \$ 8.00
- LLAMPO BRUJO, por Sady Zañartu, la novela de los mineros de Atacama, recientemente premiada con el Premio de Honor de la Revista Americana de Buenos Aires 6.00
- CAMPESINOS, aménisimos cuentos de sabor a campo chileno, por Luis Durand. Premio Municipalidad de Santiago..... 6.00
- PACIFICO-ATLANTICO, notas de viaje, por Domingo Melfi, Premio Universidad de Concepción..... 8.00
- MAS AFUERA, Novela descriptiva de la vida de los penados en la isla, por Eugenio González. Premio Universidad de Concepción..... 6.00
- PUNADO DE VIENTO SUR, novela que obtuvo el primer premio en el concurso «Blasco Ibáñez», del que fué juez Carlos Silva Vildósola, por Armando Arriaza, (Hermes Nahuel)... 5.00
- MERCEDES URIZAR, novela que es una revelación del alma chilena, por Luis Durand. Premio Municipalidad de Santiago, 1935..... 10.00
- PORTALES, por Francisco A. Encina. Obra premiada por el Gobierno de Italia, con el Premio Roma. Panorama de la literatura histórica chilena y estudio del concepto actual de la historia. Dos tomos..... 20.00
- SEMBLANZAS LITERARIAS DE LA COLONIA, por Eduardo Solar Correa. Premiado por el Gobierno de Italia, con el Premio Roma..... 12.00
- SERPIENTE DE ORO, por Ciro Alegría, hermosa novela de la tierra peruana, premiada con el Premio Nascimento, 1936. 10.00
- EL VALLE DEL SOL, la novela de la naturaleza, elogiosamente acogida por la crítica mundial. Premio Godboock... 12.00
- CAMINO DE LAS HORAS, admirables sonetos libres, escritos por Pedro Prado y que recibió el Premio Roma y el de la Municipalidad de Santiago..... 8.00
- EL HOMBRE EN LA MONTANA, por Edgardo Garrido Merino, la fuerte novela laureada con el Premio Roma y el Premio Municipal de Santiago, año 1934..... 10.00
- VALPARAISO, LA CIUDAD DEL VIENTO, por Joaquín Edwards Bello, la novela tierna de este escritor, que ha transpasado las fronteras con sus producciones. Premio Universidad de Concepción 1932. Obra totalmente agotada. 100.00
- TRATADO DE HIDRAULICA, por Gustavo Lira, ex-profesor y ex-Rector de la Universidad de Chile. Premio Universidad de Chile..... 100.00
- PROBLEMAS DE CLINICA OBSTETRICA, por el Dr. Carlos Monckeberg B. Premio Universidad de Chile. Un tomo en rústica..... 75.00
- CRIOLLOS EN PARIS, novela todo un alarde de Cosmopolitismo. Premio Semana del Libro, Soc. Escritores. Tercera edición..... 8.00

En nuestra Sucursal, Huérfanos 1045, tenemos un surtidísimo y variado stock de buenos libros.

LA EDITORIAL "PAX"

Premiada con Diploma de Honor por la Universidad de Chile, presenta:

LA DELINCUENCIA INFANTIL, por el Dr. Elemer von Karman.....	\$ 4.00
Traducción directa del alemán por Titu Liviu Bancescu. En esta obra, el Director del Instituto Pedagógico-Criminalista de Budapest encuentra para cada acto delictivo del niño una explicación psicobiológica. «Las causas de la delincuencia deben buscarse en las fallas y defectos de la educación».	
Es una obra de suma utilidad y de gran interés.	
Del mismo autor: NIÑOS INDISCIPLINADOS.....	4.00
DEMOCRACIA POLITICA Y DEMOCRACIA SOCIAL, por el Dr. Max Adler.....	6.00
Nuevos aportes para la defensa de la democracia. El autor de este libro que fué Profesor de Sociología de la Universidad de Viena, aborda el palpitante problema de la democracia en todas sus fases con un lenguaje claro, sencillo y desprovisto de tecnicismo.	
LA PSIQUE Y SUS PROBLEMAS ACTUALES, por el Dr. C. G. Jung.....	8.00
EL RESPLANDOR DE UNA HOGUERA. La Guerra Carlista, por Ramón del Valle Inclán.....	4.00
EL ABISMO. Novela rusa por Leonidas Andreiew.....	4.00
EL VOLGA DESEMBOCA EN EL MAR CASPIO, por Boris Piñiak.....	8.00
ESPAÑA BAJO EL SABLE, por Rodrigo Soriano, Embajador de España en Chile.....	8.00
ALGUNOS SECRETOS DEL CORAZON, por Henri Barbusse.....	4.00
LAS ETAPAS DEL CRISTIANISMO AL RACIONALISMO, por José Ortega y Gasset.....	4.00
AUTOBIOGRAFIA DE FREUD.....	10.00

"CADA TITULO - UN ACIERTO"

EDITORIAL "PAX"

Una organización completa de librería y editorial al servicio de la cultura.

MEXICO, D. F. SANTIAGO DE CHILE BUENOS AIRES

Av. Amsterdam 11-A
Apartado 1556
Tel. Eric. 455-07

Huérfanos 770
Casilla 1499
Tel. 87-307

Av. Diag. Roque Saenz Peña 943
Casilla Correo 2343
Tel. 35, Lib. 7207

SECCION DE ENCARGOS Y SUBSCRIPCIONES.

Haga Ud. sus pedidos de libros y revistas extranjeras por conducto de nuestra nueva sección de encargos, la mejor organizada. Corresponsales en los principales centros culturales del mundo.